



NERO WOLFE

REX STOUT



CINCO SEGUNDOS
ANTES DE MORIR

REX STOUT

**CINCO
SEGUNDOS
ANTES DE
MORIR**

**(PROBLEMA POR
TRIPLICADO 01)**

Título original:

TROUBLE IN TRIPLICATE

En un orden alfabético

convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra

ARCHIE: Guardaespaldas de Dazy Perrit.

BRENNER (Fritz): Criado y factótum de Nero Wolfe.

CRAMER: Inspector de la Brigada de Homicidios.

FABIÁN: Antiguo asociado de Dazy

Perrit.

GOODWIN (Archie): Colaborador de Nero Wolfe.

MEEKER (Pulgar): Un rufián de los bajos fondos.

ESSEL MORTON: Novio de Beulah Page.

PAGE (Beulah): Hija legítima de Dazy Perrit.

PERRIT (Dazy): Un rey del hampa.

PERRIT (Violet): Hija adoptiva de Dazy Perrit.

ROWCLIFF: Teniente de la Brigada de Homicidios.

L. A. SCHWARTZ: Abogado de Dazy Perrit.

CAPITULO PRIMERO

Aquel lunes por la tarde, a principios de octubre, me sentía tan aburrido entre las cuatro paredes de mi jaula que ya no podía aguantar más. Entiéndase por «mi jaula» la oficina de Nero Wolfe donde trabajaba, situada en la planta baja de la casa de su propiedad, en la Calle 35, Oeste, no muy lejos de North River No tardaría en sentirme más a mis anchas, sin embargo,

pues mi jefe pasaba invariablemente dos horas de la tarde, de cuatro a seis, con sus orquídeas en la azotea jardín que tiene arriba en el terrado. Pero aun así, faltaba todavía media hora para las cuatro, y ya había soportado de él todo lo que me sentía capaz de soportar por una tarde.

No es que tuviera nada que reprocharle; era simplemente que estaba hasta la saciedad de sus intemperancias. Ocurría eso cuando se declaró la gran huelga del Ramo de la Alimentación, durante la cual millones de cerdos, bueyes y terneras, con gran consternación de tratantes, revendedores y comerciantes, pudieron vivir unas

semanas más. Esto afectaba de un modo alarmante el humor de Nero Wolfe, para quien una comida sin carne era el peor de los insultos. Su carácter se agrió de tal forma que llegué al extremo de ofrecerme yo mismo para ser comido, y omito en este relato el poco agradecido comentario que obtuve en respuesta. El caso es que aquel lunes por la tarde el hombre estaba francamente deprimido, y no hacía más que pasear su voluminosa figura desde su sillón hasta la librería., o incidentalmente hasta la puerta abierta que comunicaba con la estancia vecina, cuyas ventanas daban a la Calle 35.

Habiendo llegado al límite de mi paciencia, a las tres y media le anuncié

mi propósito de salir a la calle para efectuar un encargo, y era tanta su irritación que ni siquiera se molestó en preguntarme de qué encargo se trataba. Entonces, cuando estaba a punto de descolgar mi sombrero del armario del vestíbulo, sonó el timbre de la puerta. Dejé el sombrero donde estaba, fui a abrir y me encontré en presencia del tipo más absurdo e incongruente que había visto en mi vida. A pesar de que había brillado el sol todo el día y continuaba haciéndolo, llevaba el hombre un impermeable ceñido estrechamente al talle con un cinturón. Su sombrero, de raído fieltro negro, le iba tan pequeño que dejaba de manifiesto sus pálidos

ojos grises, entornados, y un rostro que parecía embalsamado, ni más ni menos como el de una momia.

—Su nombre es Goodwin —dijo sin preámbulos y sin mover un solo músculo de su rostro cadavérico.

—Agradecido —dije yo—. ¿Cuál es mi peso exacto?

Pero era obvio que el hombre no estaba para sutilezas.

—Salga y sígame. —Señaló con el pulgar un coche estacionado en la esquina y continuó—: Un hombre espera allí para hablarle.

Incidentalmente quiero dejar bien sentado, a modo de identificación personal, que nunca he chillado de terror

ni se me ha ocurrido apretar el gatillo cada vez que se me ha puesto por delante un tipo con aspecto de momia, aunque haya hecho el típico gesto de meterse la mano derecha en el bolsillo en busca, aparentemente, de un inofensivo cigarrillo, Pero en su larga carrera como detective privado Nero Wolfe ha tenido ocasión de despertar muy encontradas emociones entre gran número de individuos, algunos de ellos tenaces, y como yo llevo trabajando con él diez años, no sería de extrañar que mi nombre figurase con el de Nero Wolfe en más de una lista. De modo que dejé a la momia esperando y cerré la puerta. Fui directamente a la oficina, abrí el

cajón de mi despacho, cogí mi revólver y lo guardé en el bolsillo derecho de la americana.

Cuando me dirigía de nuevo hacia la puerta, Nero Wolfe me preguntó con voz meliflua:

—¿Qué sucede? ¿Un ratoncillo?

—No —dije fríamente—. Un hombre me espera en su coche para hablarme. El coche está estacionado en la esquina y he reconocido al tipo. Es Dazy Perrit. Tratándose de uno de nuestros más destacados ciudadanos, supongo que habrá oído nombrarle. Su título más reciente es el de «El Rey del Mercado Negro». Puede haberse formado de mí una opinión más

halagüeña que usted y suponer que resultaría un buen manjar asado a la parrilla.

Abrí la puerta de la calle y me quedé esperando a que se cerrara automáticamente. Luego saqué casualmente mi mano derecha del bolsillo para que la momia se diera cuenta de que en ella estaba un revólver, y volví a guardarlo. Bajé los escalones, crucé la acera y me acerqué al magnífico *sedan* negro. El hombre que esperaba dentro bajó prestamente el cristal de la ventanilla.

A mi espalda sonó la voz de la momia.

—Tiene la mano puesta en un

revólver que guarda en el bolsillo derecho.

—Entonces es más que idiota —dijo el hombre del coche—, al permitir que le siga usted los pasos.

—¡Hola! —dije mirando de frente a Dazy Perrit sin molestarme en mirar a mi espalda—. *Mister Wolfe* sabe que está usted aquí. ¿Qué es lo que quiere?

—Quiero ver a Wolfe.

Negué con la cabeza.

—No —dije.

Era la primera vez que veía tan de cerca a Dazy Perrit. La mayoría de la gente considera a Perrit como un hombre excepcionalmente gordo, pero para mí, acostumbrado a las

dimensiones extraordinarias de *mister Wolfe*, no pasaba de ser un tipo con tendencia a la obesidad. Su rostro recién rasurado resultaba demasiado ancho en proporción con su boca y nariz, pero ese detalle carecía de importancia. Lo que importaba eran sus ojos. Todo lo que había hecho y lo que era capaz de hacer en el futuro radicada en el brillo de sus ojos negros.

—No —repetí—, se lo dije esta mañana por teléfono. *Mister Wolfe* está demasiado ocupado actualmente para recibirle. Tiene entre manos una enormidad de trabajo y no puede aceptar más de momento.

—He venido aquí para verle. Vaya a

decírselo.

—Tal vez he sido poco claro, *mister* Perrit —dije apoyándome en la ventanilla del coche—. No es que quiera gastarle una broma. Sé perfectamente que el que pretenda dárselas de gracioso con usted se expone a ser liquidado sin contemplaciones. Pero tampoco he venido para pedirle tregua ni favor. No sé cuál es el asunto que le trae aquí, pero por muy grave que sea, me veo obligado a decirle que a *mister* Wolfe no le interesa en absoluto. Comprendo que esto pueda decepcionarle, y crea que lo siento, pero más le decepcionaría a usted el hecho de que *mister* Wolfe consintiera en recibirlo y que, después

de haberle expuesto usted su caso continuara negándose a aceptarlo. Más aún si fuera de índole absoluta, estrictamente confidencial y...

—¡ Archie!

Fue como un bombazo que estallara a mi espalda. Viré en redondo y vi a Wolfe ocupando por entero el espacio de una ventana abierta, la última de la habitación frontera.

Gritó de nuevo con su vozarrón:

—¿Qué es lo que quiere *mister* Perrit?

—Nada —dije—. Pasaba casualmente por aquí y...

—Quiere hablar con usted —dijo la momia.

—Entonces, ¿qué espera, Archie?

¡Acompáñelo en seguida!

—Pero yo...

—¡Tráigalo he dicho!

La ventana se cerró de un golpe y Wolfe desapareció. La momia inspeccionó detenidamente la calle arriba y abajo, y viendo el campo libre se adelantó para abrir la portezuela y Dazy Perrit se apeó.

CAPITULO II

ME di cuenta de que no sabía tanto de la realeza de los bajos fondos como había supuesto hasta entonces. La momia no sólo ejercía el cargo de guardaespaldas, con el ojo atento a la menor señal de alarma, sino que además era chófer y criado todo en una pieza. Perrit le ordenó que se quedara en el coche y obedeció sin rechistar. Al entrar en casa, el Rey del Mercado Negro se detuvo para echar un vistazo de conjunto, probablemente un hábito

contraído en su mocedad, cuando debía vigilar cada paso y temer un ataque por sorpresa en cualquier rincón. Ahora me parecía más bien un veterano general inspeccionando el sitio más estratégico para ocultar sus tanques y emplazar su artillería. Una vez en la oficina, pasé frente a él y fui a sentarme ante mi despacho, sin desestimar, no obstante, su potencialidad por el solo hecho de medir seis centímetros menos que yo. Estaba demasiado enojado con Wolfe para dirigirle la palabra.

—Siéntese, por favor —dijo Wolfe con su voz más obsequiosa y amable.

Habiendo terminado de inspeccionar la estancia, Perrit clavó ahora sus ojos

en Wolfe. Pasados cinco segundos dijo en tono irritado:

—No me gusta eso. Tengo que hablarle en privado y prefiero que salga conmigo. Hablaremos mejor en mi coche.

Esperaba oír de Wolfe cualquier impertinencia y, por supuesto, una negativa rotunda aun a riesgo de incurrir en el enojo de Dazy Perrit, lo cual podía resultar catastrófico. Pero Wolfe se limitó a decir en un tono de circunstancias:

—Mi querido señor, raras veces salgo de casa. Me encuentro a gusto aquí. Y compréndalo, sería absurdo abandonar mi cómodo sillón hecho ex

profeso a mi medida...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió Perrit impaciente. Clavó sus negros ojos en mí y dijo—: Salga usted entonces, y espere en el coche.

—No, señor —repuso enfáticamente Wolfe—. Siéntese y descanse. Este sillón rojo es el más cómodo. En realidad no puedo prescindir de *mister* Goodwin. Él es quien atiende todos mis asuntos. Si me expusiera usted su caso, por muy confidencial que éste fuera, yo tendría que explicárselo a él tan pronto como se marchara usted.

—Siempre habrá excepciones —dijo Perrit con arrogancia—. Y aunque yo fuese la primera, es una buena

excepción para empezar, ¿no cree?

—No. No hago excepciones. —
Wolfe se mostraba cortés pero firme—.
Siéntese, *mister* Perrit. Aunque decida
no confiarnos sus secretos a *mister*
Goodwin y a mí, hay algo que quisiera
discutir con usted.

Perrit avanzó tres pasos y se sentó
en el sillón rojo situado frente al
despacho de Wolfe, y después de
adoptar una posición cómoda preguntó:

—¿Qué es lo que desea discutir
conmigo?

—Bien... —dijo Wolfe entornando
los ojos—. En mi profesión soy un
experto y estoy capacitado para
proporcionar a mis clientes información,

consejos y servicio de primer orden. Ignoro en cierto modo sus propias actividades, *mister* Perrit, pero sé que en ellas es usted también un experto, aunque... hum... en un campo distinto del mío. Presumo que sabrá usted dónde y cómo encontrar lo que le interesa. Por mi parte *soy* un ciudadano respetable que acata las leyes, pero aun los ciudadanos respetables tienen sus debilidades, amigo mío, y calculando las restricciones a que estamos sometidos por culpa de esa huelga del ramo de la alimentación... había pensado...

—Ah —dijo Perrit con acento glacial—. Es posible que me haya

equivocado al juzgarle. ¿Es que tal vez desea intervenir en el consorcio de...?

—Nada de eso —prorrumpió Wolfe—, Lo que desearía es que pudiera usted proporcionarme los medios para adquirir carne; buey, cordero lechal, ternera... ¿Comprende?

¡De modo que era eso! Contemplé a mi jefe con una mirada de franca reprobación. Había perdido a mis ojos algo de su integridad. Para procurarse comida a su gusto no había vacilado en levantarse de su sillón, abrir de par en par una ventana, llamarme a voces y recibir en su casa a uno de los más notorios rufianes que puedan hallarse entre el Battery y Yonkers.

—Ah —dijo ahora Perrit con mucha menos frialdad—. ¡Se trata simplemente de eso! Desea usted que le suministren carne.

—Sí. Sólo esto.

—Pues lo siento, porque no soy traficante ni vendedor, por lo menos en este ramo. Pero veamos... —Se interrumpió para mirarme como si yo fuera el criado de la casa y dijo—: Llame usted a Lincoln seis-tres-dos-tres-dos entre las siete y diez de la mañana y pregunte por Tom. Puede mencionar mi nombre y será cosa resuelta.

—Gracias, señor. —Wolfe estaba ahora suave como un guante—. Sabré

agradecerle este favor. Y ahora, tratando del asunto que le trae aquí, creo que *mister* Goodwin le comunicó de mi parte que estaba demasiado ocupado para atenderle. Eso, naturalmente, no pasa de ser un tanto exagerado. Lo que sucede es que, si bien el ejercicio de nuestra profesión presenta generalmente algunos riesgos, en la profesión de usted, *mister* Perrit, es decir, en cualquiera de sus actividades, esos riesgos son infinitamente más elevados, y *mister* Goodwin debió estimar que la combinación de esos dos riesgos no era aconsejable. Deploro confesarle que soy de su misma opinión. Usted sería el primero en lamentar el haberme

confiado sus secretos si después rehusaba yo aceptar su caso, ¿no cree? De modo que prefiero avisarle por anticipado. Y crea que lo siento.

—Necesito ayuda —insistió Perrit.

—Sin duda. De otro modo no estaría usted aquí...

—Generalmente yo mismo resuelvo mis problemas, pero cuando necesito ayuda ajena busco siempre lo mejor. Y en el caso presente he venido a su casa porque le conceptúo el mejor en su profesión. Pagaré lo que sea. —Perrit sacó del bolsillo un rollo de billetes de Banco sujetos con una tira de goma y lo dejó sobre el despacho de Wolfe—. Cincuenta billetes de cien. Cinco

grandes. Y esto es sólo para empezar. Soy víctima de un chantaje y quiero que usted se encargue de liquidar el asunto.

Casi no pude reprimir una sonrisa al oírle. La idea de que alguien se atreviera a amenazar a Dazy Perrit era tan absurda como si un petardista intentara habérselas con un Al Capone.

—Pero ya le he dicho, *mister* Perrit...

—Y la que me está sacando los cuartos es nada menos que mi propia hija. Esto es confidencial, por supuesto. No lo sabe nadie más que usted y yo y ese empleado suyo. Pero aún hay más, y esto es más confidencial todavía; tanto, que no se lo diría ni a mi propia madre

si viviese. Necesito su ayuda, Wolfe, porque mi hija...

—¡Basta!

Dazy Perrit no tenía intención de callarse, pero lo conseguí levantándome de mi silla y plantándome frente a él en actitud agresiva.

—Le advierto que *mister* Wolfe es tan obstinado como pueda serlo usted. Guárdese sus confidencias si no quiere exponerse a una situación que pudiera resultar peligrosa para todos. Le ha dicho que no quiere oír más, ni yo tampoco. —Me volví impetuosamente hacia Wolfe—. ¡Cielos! ¿Es que no puede aguantar unos días más con queso y *spaghetti*? -Cogí el rollo de billetes y

se los tendí a Perrit.

El hombre hizo como que no los veía y continuó hablando a Wolfe.

—Lo particular de ese caso es que mi hija no es realmente mi hija... la que me está amenazando con ese inicuo chantaje, quiero decir. Y puestos en el terreno de las confidencias, voy a decirle algo más que sólo sabremos nosotros tres. Nadie más en el mundo. Nosotros tres... y ella, naturalmente. Tengo una hija legítima que nació en mil novecientos veinticinco, y que tiene ahora veintiún años. Es decir, los cumplirá el próximo mes, el día ocho. Quiero encargarle también algo con respecto a ella; ¿de acuerdo?

—Tendrá que excusarme, *mister* Perrit. Wolfe consultó el reloj de pared y procedió al engorroso proceso de levantarse del sillón y ponerse de pie. Antes de llegar a la puerta se detuvo porque Perrit, también de pie, se le había puesto de frente interceptándole el paso.

—¿Dónde va? —preguntó en tono agresivo.

Me acerqué a ellos llevándome la mano al bolsillo y sacándola con el revólver a punto de encañonar. No es que intentara impresionar al hombre, fue más bien un gesto instintivo. Sin embargo, no estaban de más las precauciones. Suelo frecuentar lugares

de toda clase y estoy bien informado, y sabía que con Dazy Perrit cualquier argumento tenía que dirimirse a tiro limpio; y el hombre debía ser un lince con un arma en la mano, porque hasta entonces había impuesto siempre su voluntad, bien personalmente o valiéndose de sus compinches a sueldo. Con lo que Perrit acababa de contarnos y a juzgar por su actitud ante la olímpica indiferencia de Wolfe, era de prever un lío de mil demonios, y con sólo que señalara el corpachón de Wolfe, estaba dispuesto a disparar.

Pero Wolfe dijo imperturbable:

—Siempre paso dos horas, de cuatro a seis, arriba en mi jardín. Sin excusa

alguna. Si insiste usted en confiarnos sus secretos y tribulaciones, cuénteselas a *mister* Goodwin. Él me informará, y le llamaré por teléfono más tarde o mañana.

El final de la discusión fue resuelta no con palabras, sino únicamente con las miradas. La de Wolfe ganó. Perrit se hizo a un lado y un momento más tarde se oyó el portazo de su ascensor particular.

Perrit volvió a ocupar el sillón rojo y dijo:

—Están locos los dos. ¿Qué es lo que tiene ahí en la mano? ¡Locos como una cabra!

Guardé el revólver en mi cajón y

esperé resignado.

—Conforme —dije—; cuéntelo
todo.

CAPÍTULO III

AL llegar a cierto punto de su relato Dazy Perrit se puso tan sentimental que de veras creí que iba a echarse a llorar. Fue eso cuando empezó a hablarme de su hija, de su hija legítima. Por lo visto, cursaba sus estudios en la Universidad de Columbia y era la alumna más aventajada de todo el curso. El hombre estaba tan orgulloso de ello que casi no podía soportarlo.

El asunto en total era menos complicado de lo que creía. Durante su

tormentosa juventud en Saint Louis, Perrit se había casado y tuvo una hija. Y de pronto sucedieron tres cosas en una sola semana: la niña celebró su segundo aniversario, la madre murió, y a Perrit le salieron tres años de cárcel por un robo con escalo. El hombre aludió muy discretamente a esa época de su vida, se saltó un bache de varios años y recomenzó su relato en el año 1945. Por entonces había prosperado enormemente, y un buen día empezó a cavilar sobre el paradero de su hija sintiéndose responsable de su porvenir. Hizo averiguaciones y pudo localizarla en algún lugar del Missouri. No especificó el cómo ni cuándo la trajo a

Nueva York, pero para darle al relato cierta lógica explicó que ella ignoraba que fuese su hija. Creía simplemente que Perrit representaba a su padre, un hombre acaudalado que de momento permanecía en el incógnito porque estaba seriamente ocupado en la campaña electoral, con miras a la presidencia de los Estados Unidos o algo por el estilo,

—Todo resultó muy bien —dijo Perrit—. La veía cada tres meses y le daba dinero, mucho dinero. Me sentía feliz con solo pensar que la tenía aquí, en Nueva York, y estudiando en Columbia. Pero de pronto apareció en escena Pulgar Meeker y descubrió la

cosa. Se limitó a enviarme un rufián con el encargo de decirme que «si podía hacer cualquier pequeño favor por mi hija, no tenía más que decírselo».

Pensé que esto embrollaba aún más el asunto. A *mister* Meeker le dan el apodo de Pulgar debido a la habilidad con que usa de los dos pulgares para conseguir información de personas recalcitrantes. Si el hecho de asociarse con Dazy Perrit en el asunto que fuera, constituía siempre un placer dudoso, el encontrarse uno en un lío con Perrit y Pulgar Meeker era como para levantarle dolorosas ampollas.

Seguí escuchando a Perrit porque no tenía más alternativa que escucharlo o

matarlo, y para matarlo había desperdiciado tontamente el momento psicológico. De sus palabras deduje que Meeker no había logrado localizar a su hija; sabía solamente que existía y que Perrit la tenía camuflada en algún sitio. Lo que más temía en el mundo —dijo—, era que alguien pudiera encontrarla y contarle la verdad. En definitiva, el tener una hija le había arruinado la vida.

—Tan por completo la ha arruinado que ya no soy el que era —explicó—. Cuando se trata de mi hija soy un sentimental, no pienso ni hago nada a derechas. Ha oído decir que soy un tipo duro, ¿eh? Uno de los más duros que corren por el mundo.

—Sí, eso me han dicho.

—Pues bien, lo soy todavía. Lo que pasa es que, a diferencia de otros tipos duros, tengo cerebro; un cerebro más claro que el de cualquiera que se haya tropezado conmigo. Hoy mismo, si quisiera abrirme camino en otro campo de actividades llegaría donde quisiera. Pero el recuerdo de mi hija me lo impide. Juzgue mi estado de ánimo por un solo hecho: el de venir aquí para confiarles este asunto. Y aun hay más. El año pasado, en abril, tomé en arriendo uno de los más lujosos pisos de la Segunda Avenida y he instalado allí a una chica haciéndola pasar por mi hija. Sé que es una idiotez, pero estaba loco

de ansiedad y lo hice.

Fue con miras a burlar los propósitos de Meeker —explicó—, y de cualquier desaprensivo que internara especular con su pasado. Viviendo públicamente con su hija, a nadie se le ocurriría pensar que existiera otra y dejarían de buscarla. Sobre todo entre las más aventajadas alumnas de Columbia. Fue una verdadera inspiración. De ese modo su secreto quedaba sellado para siempre.

—Entonces —dijo Perrit con un súbito cambio en la voz y un fulgor siniestro en los ojos que no me hubiera gustado ver si en lugar de hablarme a mí estuviera hablando de mí—, esa maldita

bruja utilizó mi secreto para hacerme víctima del más vil de los chantajes.

Detalló a continuación los hechos. El chantaje había empezado después de Navidad, exigiéndole la muchacha mil dólares sobre los cien que recibía semanalmente de Perrit para sus gastos. Luego habían seguido más peticiones de dinero que Dazy Perrit se vio obligado a abonarle:

A últimos de enero... 1.000 dólares

A mediados de febrero... 1.000»

A finales de abril... 5.000»

A primeros de junio... 3.000»

A últimos de julio... 5.000»

A últimos de agosto... 8.000»

—Interesante

—dije—.

Psicológicamente interesante.

—Le parece gracioso, ¿verdad?

—No he dicho gracioso. He dicho interesante. Y por supuesto, muy poca gente, no digo que yo sea uno de ellos, pero repito, muy poca gente daría crédito a lo que acaba de decirme. La muchacha le ha sacado aproximadamente veinticinco mil dólares. ¡Asombroso! ¿Corno es posible que haya conseguido sacarle tanto dinero sin sufrir un... accidente...? Un choque de automóvil, una catástrofe aérea, o simplemente un disparo casual.

—Se exagera mucho —dijo Perrit evasivo—. La gente le atribuye a uno gratuitamente un sinfín de cosas. Basta

un rumor para que mis enemigos le den pábulo y...

—Puede ser —dije sonriendo—. Era una simple hipótesis. Pero, ¿por qué no ha tomado una determinación para obligarla a callarse?

—¿A mi hija? ¿A mi propia hija?

—No es su hija.

—Oficialmente lo es. Para hacer lo que usted me sugiere hubiera tenido que emprender esa acción yo mismo, y sería demasiado arriesgado. Lo he previsto todo. ¿Qué sucedería si mi hija desapareciese inopinadamente? ¿Cuál sería la reacción de Meeker... y de otros? Se me echarían encima como hienas y me encontraría donde estaba al

empezar. Saldrían como locos en busca de cualquier indicio y no tendría ni un momento de paz. No; he considerado todas las posibilidades y no puedo hacer nada.

—Entonces no le queda otra solución que aguantar esa hija que le resulta tan cara de mantener.

—Una hija que es una sanguijuela y al mismo tiempo una necia. Anoche me pidió cincuenta mil dólares. Y esto me ha decidido a pedirles que me ayuden. Lancé un silbido.

—Esto ya pasa de ser un caso psicológico. Pero no es necesario que desaparezca. Podría emplear con ella métodos muy persuasivos que no

trascendieran a los demás.

—Y los empleo. No crea que me dejo robar a mansalva con una sonrisa en los labios.

—Lo creo.

—Pero aun así, esos métodos tienen su límite. No puedo perder de vista que vive en mi casa y que a los ojos de todo el mundo es mi hija. De modo que he venido aquí en busca de consejos legales y ayuda. Conozco a un montón de gente y a más de cincuenta abogados, pero a ninguno de ellos les hubiera confiado ni la mitad de lo que le he dicho a usted. Vine aquí porque Nero Wolfe es un hombre que tiene intuición, valor y cerebro, y el mío no rige en esas

circunstancias, Wolfe sabrá cómo manejar a esa chica. —Señaló el fajo de billetes sobre la mesa—. Esto es para empezar. Y pagaré lo que sea porque sé que les pido mucho.

—No lo aceptará.

Dazy Perrit fingió no oírme. Y me pregunté si una parte de sus éxitos no consistiría en esa facultad de ignorar por completo aquello que no le convenía oír.

—Necesitarán más que eso si consiguen pararle los pies —dijo—. Su nombre, como hija mía, es Violet Perrit. Pero el auténtico es Angelina Murphy. De cómo di con ella no hace al caso, pero está completamente al abrigo de toda sospecha ahora. Sin embargo, no lo

estaba tanto en Salt Lake; estaba a punto de ser procesada bajo el nombre de Sally Smith. Al traerla a Nueva York bien puedo decir que la libré de la cárcel. Pero cuando dije que en este asunto mi cerebro no ha estado a la altura de las circunstancias no dije más que la pura verdad. Creí, por ejemplo, que podría manejarla a mi antojo la amenaza de remitirla a Salt Lake al menor conato de rebeldía, porque en Salt Lake están muy deseosos de echarle mano, pero no tardé en descubrir que ella también se había puesto a cubierto averiguando unas cuantas cosas más.

Me contó otras muchas cosas que yo no tenía el menor interés en saber, pero

una vez puesto en el terreno de las confianzas, y habiendo dicho ya lo más importante, unas pocas cosas más carecían de importancia... Dicho todo lo que tenía que decirme de Violet, Angelina y Sally, bajó el telón, y volvió a levantarlo enfocando la escena en la Universidad de Colombia. El nombre de su hija legítima era por lo visto, Beulah Page, y por el cambio de tono en su voz al hablarme de ella imaginé que el hombre no tardaría en sacar su cartera y mostrarme una colección de fotos, pero no lo hizo. Según contó, Beulah era una auténtica lumbrera, y el resto de sus condiscípulos no hacían más que debatirse en la nube de polvo que

levantaba ella a su paso. Se perdió en una infinidad de detalles innecesarios que excusé diciéndome que el hombre no tenía con quien compartir los escasos goces de su paternidad. La alternativa éramos Nero Wolfe o yo. Pero de momento Wolfe estaba entregado a su pasión por las orquídeas y me pagaba a mí para escuchar las confidencias de sus clientes.

—Como le dije a Wolfe —decía ahora Perrit—, quiero encargarle también una misión con respecto a mi hija; es otra cosa que me quita el sueño, porque existe el peligro de que puedan identificarla. Tiene un gran parecido con su madre.

—¡Pero por todos los santos, *mister* Perrit! —protesté con vehemencia—. Por mucho que sean los recursos de *mister* Wolfe, no ha llegado a ser todavía un cirujano plástico. Pruebe en el Libro Rojo.

—Chistoso, ¿eh?

Las dos palabras no tenían sentido, pero he de admitir que por primera vez su tono me impresionó. Sentí como un chispazo recorriéndome el cuerpo. Era un tono que probablemente usaban sus compinches y asalariados con más frecuencia que él, ahora que Perrit había alcanzado la cumbre. Era la voz de un asesino. Aparentemente aceptaba con tolerancia ciertas bromas, pero ninguna

a costa de Beulah.

—No pretendía ser chistoso —dije amablemente—. Esperemos una ocasión más propicia. Pero si lo que usted pretende es que *mister Wolfe* corrija ese parecido de su hija...

—No pretendo tal cosa. Y habla usted demasiado, joven. Tiene, sí, algunos rasgos de su madre, pero lo que hace que ese parecido sea aún más evidente es la costumbre que tiene de sentarse con el busto inclinado hacia delante y de erguirse luego súbitamente, con una ligera sacudida. Su madre tenía ese mismo hábito, y la primera vez que vi hacerlo a mi hija, hace cosa de un año, comprendí que ese gesto bastaba

para delatarla. Si cualquiera que hubiese conocido a su madre la viera hacer eso, no le cabría la menor duda de quién era Beulah en realidad. He intentado corregirla en todo lo posible, considerando que a sus ojos no soy más que un viejo amigo de la familia, pero no tuve éxito. Y no me atrevo a insistir demasiado. Quiero que Wolfe se encargue de corregirla.

Naturalmente, tenía yo en la punta de la lengua cinco objeciones y tres o cuatro comentarios satíricos para rebatir esa idea, pero me los guardé juiciosamente. La única solución era librarme de él tan pronto como fuera posible, cosa sumamente problemática

de momento porque el hombre no parecía dispuesto a marcharse a pesar de llevar una hora larga conmigo. Me proporcionó más información respecto a Violet, Angelina, Sally, que según su opinión había de sernos de utilidad; sugerencias sobre el modo de tratarla, recomendaciones sobre la necesidad de emprender una acción inmediata y efectiva y otros muchos detalles suplementarios. Otro secreto de sus éxitos, pensé, era la persistencia y tenacidad que ponía en conseguir su objetivo.

Finalmente se puso en pie dispuesto a marcharse.

—Violet todavía se somete a mis

órdenes —dijo—. Está convencida de que me sacará hasta el último penique. Wolfe ha dicho que no sale nunca de casa, pues bien, si necesitan verla llamen por teléfono y haré que venga ella. Ha tomado nota de mis teléfonos, ¿no?

Incomodado por su tono despectivo contesté con rudeza:

—Me ha visto archivarlo, ¿no?

—Bien, guárdelos allí— Andando.

Ábrame la puerta y llame a Archie.

—¿Que llame a... quién? —pregunté sorprendido.

—Dije Archie.

Era lo que faltaba para que la tarde resultara un sueño. La momia se llamaba

Archie. Acompañé a Dazy Perrit al vestíbulo, le tendí sombrero y abrigo, abrí la puerta y eché un vistazo a la calle.

—Sin novedad —dije por encima del hombro—. Llámeme usted mismo.

No tuvo necesidad de hacerlo. La momia, por lo visto, había estado todo el rato con la mirada alerta, hundido en el asiento trasero del *sedan* negro, y en cuanto oyó abrirse la puerta cruzó la acera y se acercó al jefe diciendo:

—Hola.

Dazy Perrit descendió los tres escalones y se metió en el coche. La momia tomó el volante, puso el motor en marcha y partieron a escape.

Fui a la cocina a servirme un vaso de leche. Fritz Brenner, *chef* y ayuda de cámara todo en una pieza, estaba allí rallando una zanahoria. Me miró sonriendo.

—¿Sin novedad?

—Eso es lo que te crees, Fritz — dije bebiendo medio vaso de un tirón—. La única cuestión que queda pendiente es decidir de qué color queremos la mortaja.

CAPITULO IV

LE di a Wolfe una relación detallada de todo lo sucedido cuando bajó de nuevo al despacho a las seis. Hice por manera de interesarle en el asunto porque temía que no lo aceptara, y francamente he de confesar que después de haberme hecho depositario de sus secretos, a Dazy Perrit le sentaría como un tiro una negativa de Wolfe. Podía reaccionar de tal modo que nadie diera ni un centavo por mi pellejo. A decir verdad, estaba realmente asustado, de

modo que pensaba concentrar todos mis esfuerzos y mi persuasión en evitar que Wolfe rechazara el caso,

Hacia las siete dije, como recordándolo súbitamente.

—Ese número de Lincoln puede ser una solución... A Fritz no le disgustaría variar un poco el menú de esos días añadiéndoles filetes de ternera, lomo de cerdo, riñones a la parrilla... Claro que será inútil telefonar mañana a Tom si no estamos a bien con Dazy... En cuanto a los cinco mil dólares que guardé en la caja fuerte...

—Comunique con *mister* Perrit — dijo Wolfe.

Tuve que marcar tres números antes

de localizarlo. Dijo que Violet vendría a la oficina de Wolfe aquella misma tarde a las nueve. Sólo necesitamos unas veinte palabras cuidadosamente seleccionadas y sin mencionar nombres, para ponernos de acuerdo. Perrit podía estar hablando desde su casa y había que evitar cualquier indiscreción. Luego, diez minutos más tarde, volvió a llamar para decirme que debido a un compromiso anterior la visitante no podría venir hasta las once y media de la noche. Contesté que eso sería tal vez demasiado tarde y que podíamos aplazar la visita para el día siguiente. No — respondió categóricamente—, tenía que ser esta noche, entre las once treinta y la

medianoche. Wolfe, que escuchaba con su aparato., refunfuñó en voz baja y cuando hube colgado, dijo:

—Hable ahora con la hija.

—¿Con Violet o Beulah?

—Con su hija, *miss* Page.

—¡Pero, cielos! ¿Qué prisa tiene?

¿Es que quiere corregirle ahora mismo ese hábito de incorporarse con una sacudida y...?

—No sabemos siquiera que exista esa hija. De momento no contamos más que con lo que nos ha dicho *mister* Perrit. Quiero verla. O por lo menos quiero que la vea usted. Tiene veintiún años. No le será difícil simpatizar con ella.

No era, desde luego, un trabajo tan expuesto como la mayoría de los que me encargaba Wolfe. Busqué entre los números de teléfono que me había dado Perrit, marqué uno y al poco rato me contestó una voz.

—¡Hola, hola, hola!

Era lo menos que podía esperar de una Phi Beta Kappa, una estudiante universitaria, pero me reservé mi opinión y continué:

—¿Puedo hablar con *miss* Beulah Page?

—Soy yo misma. ¿Es usted un cura por casualidad?

—No, *miss* Page. No soy cura. Mi nombre es Stevens, Harold Stevens, de

Dayton, Ohio. ¿Puede concederme un minuto?

—Naturalmente. Lo único que siento es que no sea usted un cura.

—También lo siento yo, créame. La he llamado para preguntarle si le sería posible concederme una corta entrevista esta tarde, y digo esta tarde porque voy a estar muy poco tiempo en la ciudad. Quisiera hablarle del Centro de Sanidad y Socorro de Dayton, porque hemos pensado que tal vez estaría usted dispuesta a ayudarnos con una pequeña contribución. La fama de sus generosas aportaciones benéficas ha llegado hasta Ohio, *miss* Page, y creo sinceramente que pudiera interesarle conocer nuestros

proyectos y ambiciones para el futuro. Seré breve, se lo prometo. Si no está ocupada en este momento, tal vez no tendría inconveniente en recibirme ahora mismo. Puedo estar en su casa dentro de veinte minutos.

—Pues yo... —siguió una pausa—. Desde luego, estoy muy interesada en las asociaciones benéficas de sanidad y socorro...

—Sé perfectamente que lo está —dije impetuosamente.

—La razón del por qué mencioné a un cura es porque voy a casarme. Lo habíamos decidido justamente antes de llamar usted.

—¡Magnífico! Lo celebro de veras.

Estaré en su casa dentro de veinte minutos. Lamento importunarle de ese modo, pero en realidad, no estaré en Nueva York más que...

—No se excuse, por favor. Venga cuando quiera, estaré aquí.

—Un millón de gracias.

Colgué el auricular y le dije a Wolfe.

—Ligeramente achispada. Ebria, no.

Achispada.

Estaba ocupado en servirse un vaso de cerveza que le había traído Fritz, y se limitó a soltar un gruñido. Tampoco hizo el menor comentario cuando me vio coger el revólver de encima de la mesa y guardarlo en el bolsillo de la americana, ni cuando saqué del cajón

del despacho otra pistola pequeña que coloqué en la funda bajo el brazo.

No es que temiera una emboscada o un tiro a traición cuando salí a la calle y a la oscuridad de la tarde otoñal, pero sabía que cualquier bocacalle o cualquier rufián que pudiera haber despertado el interés de Dazy Perrit, podía también tener algo que ver conmigo después de su visita a Nero Wolfe. Y aunque tengo los nervios bien templados, decidí andar con cuidado mientras doblaba la esquina, entraba en el garaje donde guardo mi descapotable y salía zumbando hacia el centro.

CAPITULO V

En cierto modo Perrit me había dado una idea falsa de su hija Beulah. Tenía la impresión de que todo el dinero que le daba se iba en libros de texto de los más caros, y obras de beneficencia, pero era evidente que su piso de la calle Ciento Doce no había sido amueblado con el dinero sobrante de otros dispendios. El salón donde entré abundaba en lujo y confort y detalles de gusto refinado. Atrajo principalmente mi atención un *bureau* magníficamente tallado,

colocado entre dos ventanas.

Por otra parte Perrit parecía conocerla bien. Su charla insustancial por teléfono me hizo sospechar que Dazy era un padre más, con una venda en los ojos. Pero una mirada me bastó para juzgarla. No siendo su padre, podía hacerlo de un modo imparcial, de cara a la realidad, y me di cuenta de que Beulah, si no una belleza, tenía todo lo que hay que tener a los veintiún años, incluyendo un rostro atractivo y unos ojos claros y totalmente distintos de los de papá.

Como me había dicho por teléfono que pensaba casarse y que la cosa acababa de decidirse cuando yo llamé,

esperaba encontrar allí al feliz mortal. Y en efecto, allí estaba.

—Le presento a *mister* Essel —dijo Beulah, y el joven avanzó unos pasos para saludarme. Luego siguió diciendo ella—. Me ha estado regañando. Dice que me porté como una estúpida cuando le pregunté por teléfono si era usted un cura. Tal vez sea así, pero la culpa la tiene él por hacerme beber.

—Un momento, Beulah —protestó Essel dirigiéndome una sonrisa de excusa y sonriendo luego a su novia—. ¿Quién preparó los *cocktails*?

—Yo —admitió ella—. Pero, ¿es que no le está permitido a una novia preparar unas bebidas para celebrar el

feliz acontecimiento...? Y a propósito, todavía queda un poco, ¿querrá aceptar una copa para brindar juntos? —Se acercó a una mesa., tomó la coctelera y dijo riendo—. Voy a buscar un vaso.

—Tengo una idea mejor —declaré saliéndole al paso—. Estoy francamente desolado por haber interrumpido esa celebración, y más siendo casi hora de cenar. ¿Por qué no me permiten invitarles yo? ¿Qué les parecería una cena improvisada en casa de un amigo? —dije con mi sonrisa más persuasiva—. Nada de hoteles ni música de fondo. Simplemente eso: una cena entre amigos. Casualmente me hospedo en casa de un amigo en la calle Treinta y cinco; un

hombre famoso por cierto, y en extremo hospitalario. Estaría realmente encantado de cenar con ustedes. Voy a telefonar avisando que pongan dos cubiertos más, ¿de acuerdo?

Se consultaron los dos con la mirada.

—Pero —objetó Essel—, tenga en cuenta que no nos conoce de nada, ni tampoco usted. Resulta un poco violento.

—¿Dijo que es famoso? —preguntó Beulah con ojos brillantes—. ¿Famoso en qué? ¿Quién es él?

—Es Nero Wolfe, el detective. Le conozco desde hace años. Me salvó la vida en cierta ocasión, en... en una

acusación de asesinato. Era inocente y pudo probarlo. ¡Un lince!

—¡Oh, Morton, tenemos que ir! — Beulah puso sus dos manos sobre el brazo de Essel y le miró suplicante—. ¡Es lo primero que te pido desde que estamos prometidos, querido; quiero cenar con Mero Wolfe! ¡Y no puedes negarte! —Se volvió hacia mí con una sonrisa maliciosa—. ¡Le convenceremos! Presume de hombre fuerte e inflexible porque está en el último año de abogacía., y está convencido de que los abogados son los guardianes del decoro, las conveniencias sociales y que tienen que observar la rectitud más intransigente.

—Intransigente no —dijo Essel con firmeza—. Simplemente responsabilidad de nuestros actos.

El nombre parecía, en efecto, sobrecargado de responsabilidades. Tenía más o menos la misma talla y peso que yo, y su fuerte mandíbula y su rostro tenaz parecían corroborar cuanto decía. Para completar el cuadro sus ojos oscuros le miraban a uno con una obstinación casi molesta tras unas gafas con gruesa montura de concha negra. Dijo que su intención era la de regresar a su casa para estudiar y preparar unos ejercicios con miras a su próximo examen.

Beulah, aun cogida de su brazo le

dijo con acento mimoso que esto era impropio del día y la ocasión. Acababan de prometerse, le recordó, y al final acabó el asunto como todos los que discuten los novios entre sí. Obtuve el permiso para telefonar a casa y al poco rato oí la voz de Fritz diciendo:

—La residencia de *mister* Wolfe, señor.

—Fritz, soy Harold Stevens... No, no, el invitado de *mister* Wolfe; Harold Stevens. ¿Puedo hablar con *mister* Wolfe, por favor?

CAPÍTULO VI

La primera oportunidad que tuve para comprobar aquel hábito de Beulah que nosotros debíamos corregirle; el de sentarse inclinando el busto hacia delante e incorporándose luego súbitamente, fue cuando ya sentados a la mesa, *acababa*, de servirnos Fritz el pollo a la parrilla y patatas soufflé. No me pareció cosa de mayor importancia, pero naturalmente, yo no llevaba en lastre un pasado como el de Dazy Perrit. Hubiera sido fácil corregirla de no ser

por su compromiso con Essel, Pero una muchacha que acababa de conquistar a un futuro marido no suele mostrarse propicia a corregir sus defectos. Generalmente no creen tener nada de qué corregir.

Su novio era, en mi opinión, algo tan molesto como una tortícolis. Parecía estar bajo la impresión de que ya estaba prácticamente casado y agobiado por una infinidad de problemas de toda índole. La cena, sin ser de primerísima calidad, resultaba correcta y apetitosa como siempre que Fritz se empeña en quedar bien, y los vinos eran de los mejores que guarda Wolfe en su bodega. Pero ni aun así se expansionó el hombre.

¡Es posible que los estudiantes en Leyes se crean obligados a comportarse como si los códigos rigieran su vida, pero, cielos!, después de todo estábamos celebrando su compromiso.

Yo hacía cuanto podía para alegrar el ambiente porque me temía que si nos poníamos serios, Beulah empezaría a preguntarme por las actividades y proyectos del Centro de Sanidad y Socorro de Dayton, lo que me hubiera puesto en un verdadero apuro. Observé que Wolfe me secundaba admirablemente preguntándole a la joven por sus estudios, contándonos con gracia algunos de los casos en que había intervenido, y haciendo lo posible para

que Essel interviniera en la conversación aún a riesgo de tener que aguantar sus latas filosóficas.

—No entiendo gran cosa de nada — dijo Morton a una pregunta de Wolfe, mientras Fritz servía la ensalada—. Excepto de leyes. Esto es lo malo que tiene una educación especializada; le deja a una relativamente ignorante de otras muchas cosas y le incapacita en cierto modo para comprenderlas. Lo que ciertamente es lamentable.

—No cabe duda —observó Wolfe—. Pero por lo menos se especializa uno en una rama del saber. Aunque yo no escogería la carrera de abogado. Supongo que se habrá dado cuenta,

Morton, de la poca simpatía que gozas los abogados en general.; A mí me disgustan sobremanera. En su mayoría son unos pedantes incorregibles. Abusan de una fraseología redundante... Una vez le encargué a un abogado que me redactara un agravio, una simple cosa de trámite, y necesitó once páginas. Con dos pudo haberlo hecho. ¿Ha aprendido usted a redactar agravios?

Morton era demasiado educado para mostrarse resentido ante las indiscreciones de su huésped.

—Naturalmente, señor; está en nuestro libro de texto. Yo los redacto siempre lo más brevemente posible.

—Bien, eso está bien; observe en

todo momento esa norma de la brevedad en todo. ¿Un poco más de ensalada, Harold?

Contesté distraídamente porque tenía la mente ocupada en otras cosas. Tal vez fuera conveniente —pensé—, notificarle a Dazy Perrit ciego acontecimiento del que no debía estar enterado: el hombre ignoraba sin duda que su hija acababa de prometerse en matrimonio, porque el hecho databa sólo de unas horas antes, y daba por seguro que nos agradecería infinitamente ese informe. Decidí, pues, que tan pronto como nos levantáramos de la mesa subiría yo a mis habitaciones del segundo piso, avisaría a Wolfe por el teléfono interior y, una vez

conseguido su *conforme* llamaría desde allí mismo a Perrit.

Todo ocurrió como lo había planeado menos el pequeño detalle final; no pude localizar a Perrit. Probé repetidas veces los cinco números que me había dado, y siguiendo sus instrucciones di el nombre de Goodyear, pero todo en vano. Dejé recado de que tan pronto como llegara *mister* Perrit, se tomara la molestia de llamar a Goodyear, y bajé de nuevo a la planta baja para tomar café con nuestros invitados.

Wolfe y Beulah estaban cantando a dúo. Unas canciones que habían mencionado durante la cena y que

Beulah había aprendido de un estudiante ecuatoriano. Wolfe seguía el compás agitando un dedo a modo de batuta. Los dos estaban achispados, y me hubiera divertido el espectáculo de no haber tenido otras preocupaciones más urgentes. El reloj marcaba más de las diez, y las circunstancias me aconsejaban acompañarles a casa a los dos, pues de otro modo me perdería la entrevista con Violet, que Perrit nos había anunciado para las once y media. Decidido a todo, me puse en pie.

No fue difícil ponerlos en marcha, porque Morton, el más sobrio de todos, estaba deseando largarse. Wolfe se portó como un perfecto caballero

levantándose de su enorme sillón para despedirlos. Había supuesto que lo que tenía nervioso a Morton era su ansiedad por llegar pronto a su casa y lanzarse sobre los libros de texto, pero me había equivocado. Al llegar a la esquina donde tenía aparcado mi coche, y en el momento en que me disponía para abrir la portezuela, puso familiarmente una mano sobre mi hombro y dijo:

—Eres un chico formidable, Harold. Tuviste una idea feliz al invitarnos y te lo agradezco sinceramente. Pero ahora tengo yo otra idea no menos genial, y no te creas que me la inspira el vino que he bebido. ¿Es tuyo ese coche?

—Es de *mister* Wolfe, pero me

permite usarlo —mentí.

—Entonces debes tener carnet de conductor, ¿no?

«Ya salió el abogado», pensé.

—Claro que lo tengo —dije—. Lo tengo guardado con mis documentos personales.

—Entonces, ya que estabas tan empeñado en celebrar nuestro compromiso, ¿por qué no completas la obra? Llévanos a Maryland, es una excursión de cuatro horas a lo sumo, y podremos casarnos allí.

—Se volvió hacia Beulah y prosiguió—: ¿Qué te parece la idea?

—¡Que apesta! —dijo ella con desdén.

—¿Cómo? —preguntó Essel—. ¿Por qué?

—Porque sí. Y me has decepcionado terriblemente, Morton. Puedo no tener padres ni parientes en Nueva York, pero entérate bien de eso: no necesito escaparme a medianoche a Maryland o a donde sea para atrapar un marido. Me casaré de blanco, con la iglesia llena de flores y a pleno sol... el día que me decida a hacerlo. Y hablando de otra cosa, creía que tenías que estudiar esta noche. ¿Qué hay del ejercicio que tienes que presentar en los próximos exámenes?

—Bien, me iré a estudiar.

—Y por si pudiera comprometer a

un futuro juez o magistrado el que se le vea por las calles acompañando a una chica huérfana —dijo altivamente Beulah—, lo mejor será que regreses a casa en el autobús. Llegarás más pronto para trabajar, porque *mister* Stevens y yo tenemos que hablar de un asunto. — Puso su mano en mi brazo y me sonrió amablemente—. No tengo perdón —dijo—. Todavía no hemos hablado del Centro de Sanidad y Socorro que motivó su visita, *mister* Stevens. ¿No podríamos hacerlo mientras nos tomamos un refresco en cualquier sitio?

Durante unos segundos temí verme precisado a renunciar a esa parte del programa en atención a la próxima visita

de Violet, pero Morton capituló. El estudiante en leyes se deshizo en excusas, explicaciones y protestas, y seguramente que si Beulah hubiese persistido en su actitud altanera, el hombre hubiera llegado al extremo de jurar que todas las chicas huérfanas del orbe entero descendían directamente de Julio César. Bueno, todo acabó en que nos metimos los tres en el descapotable y salimos disparados hacia el centro. Al poco rato llegábamos a la casa de Beulah, se apearon los dos, decliné la invitación de subir a tomar una copa de algo, y viré hacia Broadway.

Cuando entré en la oficina estaba Wolfe revolviendo sus archivos florales

en busca de una ficha relativa a la germinación de no sé qué. Ocupé mi sillón y pregunté:

—¿Ha llamado nuestro cliente preguntando por Goodyear?

—No.

—Se está perdiendo una valiosa información —dije—. Y de momento se ha salvado de tener un yerno esta misma noche. Morton quería que los llevara a Maryland para casarse. Al salir de aquí. Ella alegó que quiere una boda de rumbo, pero la verdadera razón es que después de haberme conocido a mí ese Morton ha quedado completamente descartado. Llegó a proponerle que regresara solo a casa en autobús

mientras nosotros nos íbamos de farra. Pero pierde el tiempo conmigo esa chica. Tendré que explicarle algún día que no me sugestionan tener por suegro a Dazy Perrit.

—¡Bah! Está demasiado rellenita.

—Tonterías. Un buen instituto de belleza hace milagros.

Observé el reloj de pared ahogando un bostezo. Eran las once y catorce minutos.

—Quisiera que llamara Dazy Perrit —dije—. Si podemos servirle esa noticia de primera mano, tendríamos alguna probabilidad de salir con vida de este lío. Admito que el noviazgo de Beulah no es una noticia colosal, pero

por lo menos es reciente.

—Tenemos una noticia mejor que esa para Perrit —declaró Wolfe.

—¿De veras? —dije.

—Sí. De veras.

—¿Ocurrió algo estando yo fuera?

—No. Ocurrió estando usted aquí.

En su misma presencia. ¿Es que no se dio cuenta?

Cuando adoptaba esa actitud me resistía sistemáticamente a seguirle la corriente, porque *a*), no tenía el menor interés en halagar su vanidad, y *b*), sabía perfectamente que no conseguiría sacarle ni una palabra más. De modo que decidí zanzar el asunto abriendo mi máquina de escribir y contestando

algunas cartas atrasadas para entretener la espera. Estaba empezando la quinta cuando sonó el timbre de la puerta.

Wolfe cerró el archivo y fue a instalarse en su monumental sillón, el único de la casa que se adaptaba del todo a sus monumentales proporciones.

—Llámela Angelina —dije saliendo hacia el vestíbulo—. Eso la desconcertará.

CAPITULO VII

VIOLET-Angelina-Sally se acomodó en el sillón rojo cruzando sus bellas piernas. Wolfe la contemplaba con los ojos entornados y he de confesar que la muchacha no parecía incomodarse por su persistencia. Llevaban los dos más de un minuto en esa actitud, sin haberse dicho una palabra, cuando al fin se decidió a preguntar ella con una sonrisa forzada.

—¿Le gusta el espectáculo?

—Me estaba preguntando qué sería

más práctico —dijo Wolfe con estudiada calma—. Si dejarla en posesión de los veinticuatro mil quinientos dólares que le ha sacado a *mister* Perrit por medio de amenazas, o bien quedarme yo con ellos. Por lo menos la mayor parte de ellos.

Violet soltó una palabra malsonante. Generalmente me atengo escrupulosamente a los hechos, en mis relatos, y transcribo las conversaciones sin quitar ni poner nada. Pero decidí, por una vez, silenciar esa palabra en consideración a mis lectores.

Wolfe dio un respingo. No le importa cierto vocabulario en labios de cierta clase de gente, pero lo soporta

menos si es una mujer la que habla.

A juzgar por esa palabra, Violet debía ser mucho menos refinada de lo que parecía sugerir su aspecto. Era, desde luego, completamente distinta de Beulah; más moderna y estilizada y más atractiva.

—No tengo interés en prolongar su visita —dijo Wolfe—, de modo que le diré en pocas palabras cuál es la situación. Está usted consiguiendo dinero, he mencionado la suma, de *mister* Perrit bajo la amenaza de divulgar la existencia de su hija legítima. Eso, naturalmente, es un chantaje...

—Si opina usted que el que calla

otorga —dijo Violet con desparpajo—, es que está loco de remate.

—Como he dicho —prosiguió Wolfe sin perder la calma—, eso es un chantaje, aunque de momento no me interesa el aspecto legal o criminal del caso. Lo que sí quiero advertirle es que su posición resulta algo... peculiar, como ocurre frecuentemente con todo chantajista. Es un arma de doble filo. Si *mister* Perrit se negara a darle más dinero y usted divulgara su secreto, perdería, naturalmente, su actual posición y sus pingües ingresos. Por otra parte, si intentara vengarse de *mister* Perrit en la forma que fuera, lo menos que podría esperar es ser procesada y

encarcelada en Utah. *Mister* Perrit está dispuesto a todo. Vino a pedirme ayuda. Me encargó que le solucionara este asunto. Y acepté el encargo.

—He venido a su casa —explicó desabridamente Violet—, para complacer a mi padre y a requerimiento suyo. Lo que me está usted diciendo es absolutamente increíble. No creo tampoco que mi padre le contara esa sarta de embustes. ¿Cómo es posible que Dazy Perrit le haya dicho que yo no soy su hija? ¿Pretende usted que yo crea esas necedades?

—Comprendo que se resista a creerlo... *Miss* Murphy. Es natural. Había imaginado usted que *mister*

Perrit, a fin de conservar en secreto la identidad de su hija legítima jamás confesaría que era usted una impostora. Pero se equivocó al juzgarle. Ignoraba que el punto más irreductible de su carácter; más fuerte aún que el amor por su hija, es su vanidad. Tal vez ese cariño sea, en cierto modo, un aspecto de su vanidad; no lo sé. Pero lo que sí es cierto es que *mister* Perrit jamás consentirá que alguien tenga un ascendiente sobre él. No tolerará jamás que usted ni nadie le imponga su voluntad.

Wolfe se recostó en el mullido respaldo de su sillón y prosiguió:

—Pero *mister* Perrit cometió el

mismo error que usted. No estimó en su justo valor mi capacidad. Ayer le pidió usted cincuenta mil dólares. Pues bien, de hoy en adelante, siempre que consiga dinero de *mister* Perrit me entregará a mí el 90 %. No cuento en eso los cien dólares que le entrega semanalmente para sus gastos. Pero de todo lo demás, las nueve décimas partes serán para mí: noventa dólares de cada cien. Y esto he de recibirlo antes de las veinticuatro horas de habérselo entregado *mister* Perrit. De lo contrario, la policía de Salt Lake City llamará a su puerta para llevársela esposada para allá.

Violet escuchaba con los ojos desorbitados por el asombro.

—Pero usted... —empezó a decir, y volvió a mirarlo intensamente. Luego rompió a hablar a borbotones—. ¡Es usted un farsante, un maldito idiota! ¡No podrá hacer eso con Dazy! ¡No lo consentirá! Bastará con que yo le diga...

Continuaba mirándolo con ojos incrédulos, como si no pudiera creer en el tumbo que habían dado los acontecimientos en tan poco rato. Luego su rostro se endureció.

—¡Cielos! —dijo enfurecida—. ¿Es que me ha tomado por idiota? ¿Y me ha tomado Dazy por idiota también...? De modo que la combinación es ésta: usted se queda el 90% y se lo devuelve a Dazy, que de ese modo se lo reembolsa

todo menos un 10 % que queda en mis manos. Lo que me extraña es que Perrit haya creído que yo me conformaría con eso.

Se acercó a la mesa de Wolfe y dijo con voz ronca:

—Oiga, ¿cree que no se necesita estómago para presentarle batalla a Perrit y hacerle soltar la pasta? Espere a verlo. —Empezó a desabrocharse la blusa diciendo—: Esta noche fui al teatro, y no tuve más remedio que ponerme un traje con mangas. Pronto verá por qué.

En cuestión de segundos dejó al descubierto el busto y los brazos desnudos. Tendió el derecho hacia

Wolfe.

—¿Qué opina de esto? —preguntó.

Era todo un panorama. Las magulladuras, contusiones y anchos círculos amoratados le cubrían los brazos y la espalda. Me pregunté si lo habría hecho Perrit con los puños o con un objeto contundente.

—Y eso no es todo —dijo Violet temblando de ira—. Me ha golpeado en otras partes del cuerpo. Pero resistí. No se atreve a más porque con un hueso roto podría denunciarle y no le interesa la publicidad.

Volvió a vestirse y se sentó de nuevo.

—Pero soy la única persona que se

ha enfrentado con Dazy Perrit y ha sobrevivido para contarlo. Después de ver eso, ¿cree de veras que voy a consentirle a Perrit que se quede con el 90% de su dinero? ¡Es chistoso!

—Pero *miss* Murphy —dijo Wolfe—, trate de comprenderme. *Mister* Perrit no ha intervenido en eso para nada. Pero aun suponiendo que me hubiese propuesto quedarse con el 99%, ¿cree que no valdría la pena conformarse con un 1%... y la libertad? ¿No se da cuenta de que si se niega a ese arreglo la menor vacilación le costará la cárcel...? En realidad, él único interés que yo puedo tener por usted es el de que siga viviendo con *mister* Perrit y le

obligue a entregarle cuantiosas sumas de dinero, de las que yo percibiré casi la totalidad. No me interesa usted para nada más, ni puede afectarme en absoluto su suerte o su desgracia. Pero recuerde bien esto: si a las veinticuatro horas no he recibido yo mi participación en el negocio, no tardará en caer en las garras de la Ley.

—No esperaré que llegue —dijo Violet con voz dura—. No me encontrarán en casa.

—Claro que estará allí. ¿Dónde podría ir, si no? —dijo Wolfe con un suspiro—. Tan pronto como abandonara la casa de *mister* Perrit perdería usted la ocasión de sacarle dinero y de vivir a

sus expensas. Se encontraría prácticamente en la calle. Y añadiré que es inútil que le repita esa conversación a *mister* Perrit. He tomado mis medidas, naturalmente, y no la creería ni de una palabra.

—Claro que me creerá. Sigo convencida de que esto no es más que un convenio entre ustedes dos.

—No lo es —dijo Wolfe apoyándose en el respaldo de su sillón—. Es exclusivamente una idea mía y espero beneficiarme de ella. También se beneficiará usted, aunque naturalmente, en menor proporción... Perrit es un hombre acaudalado cuyos ingresos aumentan de día en día. Ese chantaje

representa exactamente para usted diez mil dólares limpios de cada cien mil que logre sacarle.

Wolfe se levantó para dirigirse a la puerta, pero antes de abrirla se volvió.

—Una pequeña advertencia, *miss* Murphy —dijo—. Podría tener usted el impulso de sacarle a *mister* Perrit todo su dinero y desaparecer. No sé cómo lo tomaría Perrit, tal vez preferiría perderla de vista por varias razones. Pero de mí no escapará. Sabré encontrarla.

Salió cerrando la puerta.

Violet no se había molestado en mirarle. Continuaba sentada, mirando abstraída el sillón de Wolfe como si

todavía estuviera allí. No parecía asustada, más bien diría que trataba de recapacitar, de pensar con lucidez. De pronto se dirigió hacia mí y dijo sin rencor:

—¡Cielos, qué gordo está!

La miré sonriendo. Admiraba ciertos aspectos de su carácter y se lo dije.

—Es usted valiente, a pesar de todo. Muchos hombres no se atreverían a vivir en el cubil de una fiera como Perrit. En cuanto a lo que le ha dicho *mister Wolfe*, no está obligada a tomar una decisión esta misma noche. Puede pensarlo sobre la almohada... ¿Quiere que la acompañe a su casa?

Me miró sonriendo.

—No tiene usted cara de esbirro —
dijo—. Es guapo y apuesto.

—No. No soy un esbirro —dije
acercándome a donde estaba—. Y si le
he propuesto acompañarla no es para
hablarle de este asunto ni porque haya
visto su coche ahí enfrente. Es
simplemente que necesito tomar un poco
el aire.

Se puso en pie lentamente y cuando
estuvo a mi lado puso suavemente una
mano en mi hombro.

—¡Aire! —suspiró—. ¡Cómo
necesito respirarlo esta noche!

—Nos lo repartiremos
equitativamente —repuse—. Un 90%
para usted y un 10% para mí.

Cogí del armario del vestíbulo mi abrigo y sombrero, la acompañé hasta el coche y abrí la portezuela subiendo tras ella. Lo que pretendía, al acompañarla, era evitarle otra brutal agresión por parte de Perrit. No es que criticara a Wolfe por no haberle informado a Perrit de como pensaba enfocar el asunto; su inaudita propuesta a Violet pudo ocurrírsele momentos antes de su llegada, o cuando ya estuvo sentada frente a él. Pero la situación era desagradable. Si Violet entraba en su casa como un tornado y empezaba a increpar a Perrit acusándole de complicidad con Wolfe —de lo que la creía muy capaz—, nadie podría

predecir cómo reaccionaría el hombre. Un mínimo de sentido común debería advertirle que lo que Wolfe pretendía con eso era devolverle la casi totalidad de las sumas entregadas a Violet, pero lo espinoso del caso era que un pájaro de cuenta como Dazy Perrit no razonaba por las vías normales del decoro y la honradez. Para él no había ni un hombre honesto en el mundo. Era por eso que decidí meterme en el *coupé* de Violet y tomar un poco el aire.

Guiaba estupendamente; casi tan bien como yo. Al detenerse ante una luz roja de la calle Catorce, dije:

- *Miss* Murphy, no tiene más remedio que admitir su derrota.

—No me llame Murphy —dijo furiosa. Luego puso una mano sobre mi rodilla y, con voz más suave añadió—. Llámeme Angelina.

Calculando la poca distancia que nos faltaba recorrer para llegar a la Calle 78, quise aprovechar aquellos pocos minutos para darle un buen consejo.

—Insisto otra vez en que ha perdido la batalla, Angelina —dije—. Y se lo digo porque la admiro por más de un concepto y me parece absurdo que una joven a su edad se empeñe en destrozarse a sí misma. Si persiste en sacarle dinero a Perrit y no se le da el porcentaje a Wolfe, puede considerarse

prácticamente entre rejas, en la cárcel de Salt Lake City. Wolfe es una hiena, un buitre y un chacal, y la buscará y la encontrará aunque se esconda bajo tierra.

—Siga hablando —dijo sin aminorar la marcha—. Todavía no me ha dicho nada. Pero el arrullo de su voz me entretiene.

Estábamos en la Calle 51. Seguí hablando.

—Intento decirle que tiene pocas probabilidades de salirse con la suya. Ni una entre un millón. Está entre la espada y la pared: Dazy Perrit y Nero Wolfe. Una situación de la que no podría salir con bien ni un tanque Sherman. De

modo que, si Wolfe ha soltado los leones esta noche, no le queda más solución que enfrentarse con la realidad y pensar con la cabeza.

Observé su perfil, la boca fuertemente cerrada, la barbilla agresiva, los ojos tensos y obstinados.

—Veamos, la ayudaré a pensar. En primer lugar convengamos en que ese chantaje es un trabajo de perros; y le deja muy pocos beneficios comparados con los que se quedaría Wolfe. En segundo lugar, podría marcharse y renunciar a todo, pero tropezaría usted con dificultades para ganarse el sustento. Acostumbrada a vivir a todo tren esto le resultaría particularmente

penoso. Y hay más: si incurría en el enojo de *mister* Perrit, se vería obligada a viajar... Tercer punto, y ésta es la solución que le propongo: tenga una charla amistosa con Perrit, prométale que en lo sucesivo será una hija dócil y obediente, y que esa docilidad le costará 300 dólares semanales en vez de los 100 que ahora percibe usted para sus gastos.

Me dirigió una rápida mirada y siguió conduciendo, pero vi en sus ojos que el consejo le había parecido bueno.

—Creo que Dazy Perrit aceptaría encantado a ese arreglo —continué—. Y tampoco usted saldría mal librada: 300 dólares semanales son 15.600 dólares anuales limpios de polvo y paja.

Supongo que Perrit corre con los gastos de la casa, incluyendo ese coche. ¡Cobraría usted 600 dólares más que un senador de los Estados Unidos! Además, podría continuar viviendo lujosamente en Nueva York sin acordarse de que existen penitenciarías en Utah... Y si Dazy Perrit se siente mezquino y sólo consiente en darle 200 pavos, ¿qué hay con eso? Todavía ganaría el doble de lo que gana un plomero sudando de sol a sol... Y entretanto, esa vida regalada, visitando exposiciones de arte y museos...

—¿Museos? —Me miró asombrada —. Le gusta chancearse, ¿no?

El coche subía ahora por la Quinta

Avenida, hacia los Sesenta.

—Me gustaría visitar algún día esa famosa mansión que tiene *mister* Perrit en Westchester. Creo que es buena... — dije evasivo—. Y un consejo: no le hable a Perrit de la proposición que acaba de hacerle Wolfe, Por lo menos hasta que haya decidido lo que piensa hacer. Esto bastaría para que los dos se enzarzaran en una batalla que nadie podría detener.

—¿De veras? —preguntó con una sonrisa burlona—. No exagere.

—¿Todavía sigue pensando que fueron ellos dos los que montaron ese tinglado? Entonces es que no conoce a Wolfe.

—Conozco a Dazy Perrit —dijo virando al este de la Calle 78.

—Pero no conoce a Wolfe —insistí—. Lo que pasa es que su enorme corpachón le sirve de coraza y nadie es capaz de adivinar cómo es él en realidad. Se lo contaré algún día.

El coche se detuvo junto a la acera de la derecha y salí para abrirle la portezuela, pero ya se había apeado cuando llegué a su lado. Me cogió del brazo y dijo:

—Dejaré el coche aquí. Más tarde le acompañaré a casa.

Por segunda vez aquella noche me veía obligado a buscar una excusa para marcharme cuanto antes, con la

desventaja de que ahora no tenía un Morton para acudir en mi ayuda. Ya había decidido más o menos lo que diría, pero las palabras que tenía a flor de labios nunca fueron pronunciadas. En un instante un coche había embocado la calle procedente de la Quinta Avenida., a una velocidad moderada. Al pasar junto a nosotros aminoró aún más, hasta casi detenerse detrás del *coupé* de Violet. Me di cuenta sólo por el ruido del motor en marcha, pues estaba de espalda a la calle. La muchacha se agarró frenéticamente a mi brazo y su rostro blanco como el mármol reflejaba un terror extremo.

Reaccioné

volviéndome

bruscamente hacia el centro de la calle, pero, la violencia de la sacudida hizo vacilar a la joven que retrocedió dando un traspiés. En aquel justo instante empezaron a llover los disparos sin interrupción y con una precisión matemática. Con el revólver asomando por la ventanilla abierta, el individuo del coche tenía el blanco a menos de veinte pies de distancia.

Creo que ya el primer disparo la hirió mortalmente. Pero es difícil afirmarlo, porque se sucedían con tal rapidez que la cuestión carecía de importancia. Cuando cayó me dejé caer junto a ella, en parte para protegerla, y también porque la prudencia más

elemental me aconsejaba permanecer inmóvil de momento. Sin embargo, cuando tuve el revólver en la mano me parapeté de rodillas detrás del *coupé* y empecé a disparar hacia el otro coche que huía rápidamente hacia la Avenida Madison.

Seguí disparando hasta que hube vaciado el cargador, pero no pasó nada. El coche pudo llegar indemne a la esquina y se dirigió hacia el norte de Madison.

Me acerqué entonces a donde estaba Violet. Trataba de incorporarse jadeando penosamente, pero cuando llegué a su lado le fallaron las fuerzas y cayó desplomada. Inspeccioné

superficialmente sus heridas. Uno de los disparos le había partido la mejilla y el pecho le sangraba.

—No te muevas, querida —dije suavemente—. No te muevas; pronto estarás mejor.

No podía hacer nada por ella. Apenas tenía fuerzas para respirar y sus ojos se empañaron.

—Es él... él... —dijo con un estertor. Pensé que quería hablarme y me acerqué más a ella, pero sólo repetía una y otra vez—: Es... él... Es... él... —Luego su rostro se puso rígido y lanzó un grito de agonía—. ¡Es él! —Y quedó inerte.

Sólo entonces me di cuenta de que se habían abierto varias ventanas y que

alguien venía corriendo de la parte de la Quinta Avenida. La puerta de la casa de Violet se abrió también y salió apresuradamente un hombre de uniforme, el portero. El individuo que venía corriendo resultó ser un policía, y le pedí a gritos un doctor. Entré luego en el vestíbulo de la casa, me acerqué a la centralita y marqué un número. Al poco rato oí la voz de *mister Wolfe*.

—Soy Archie —dije rápidamente—. La acompañé a casa. Estábamos hablando en la acera, frente a su casa de la Calle 78. Un tipo se acercó en un coche, empezó a vomitar fuego y se marchó. La muchacha ha muerto. Dígale a Fritz...

—¿Está usted herido, Archie?

—No estoy herido. Pero espere a que me encuentre con el bastardo de Perrit. Quiso liquidar a la chica utilizándonos a nosotros de pantalla. Sí, me juego cualquier cosa que nosotros seremos su coartada, el muy... Bueno, dígale a Fritz...

Una voz autoritaria sonó a mi espalda.

—¡Deje el teléfono! ¡Ahora mismo!

CAPÍTULO VIII

El teniente Rowcliff de la Brigada de Homicidios era una de las razones por las que desconfiaba yo mucho de la teoría que propugna por la hermandad entre todos los seres que pueblan la tierra. Rowcliff y yo jamás hemos logrado ponernos de acuerdo en nada.

A las tres menos diez de la madrugada, y en el cuartelillo del Distrito 19, Calle 67 Este, donde tiene instalada su oficina de emergencia, Rowcliff dijo:

—Bien. —Jamás usaba el hombre expresiones vulgares como conforme—. Muy bien; quedará aquí detenido.

—Ya me lo ha dicho cuatro veces — dije ahogando un bostezo—. Y le he dicho también cuatro veces que no me gusta la idea. Tampoco le gustará a Wolfe, o a su abogado. Pero no me haga caso y cumpla con su deber.

El hombre me amonestó severamente. No era, ni con mucho una amonestación vulgar. Era una amonestación tipo Rowcliff.

—Permítame resumir los hechos — dije cuando hubo terminado—. Dazy Perrit vino a consultar a *mister* Wolfe sobre un caso del que no puedo

informarle porque no estaba presente. El único que podría informarle es *mister Wolfe*.

—Sí —dijo fríamente Rowcliff—. Hemos enviado allí un par de hombres... un par de veces, y no les ha permitido la entrada. La puerta está atrancada como de costumbre, y ese tipo Brenner les habló por un resquicio diciendo que *mister Wolfe* estaba durmiendo y no quería despertarle. Es la actitud descocada y arrogante que podíamos esperar de él.

—Prueben otra vez después del desayuno —dije a guisa de consuelo—. Hacia las once de la mañana...

Me alegraba saber que el mensaje

que quería comunicarle a Fritz —el de que se cerraran a cal y canto— no había sido necesario.

—Claro que yo no estaré allí para recibirles —proseguí—, si decide meterme en una celda. Bien, sigo con mi relato: a las once y cuarenta minutos llegó a nuestra oficina la hija de *mister* Perrit, aparentemente para celebrar una consulta con *mister* Wolfe sobre el mismo asunto que su padre. También de esto les enterará Nero Wolfe. Al marcharse decidí acompañarla en vista de lo avanzado de la hora, y en su propio coche. Llegamos frente a su casa a las doce y media, comprobado con mi reloj de pulsera y con el reloj mural de

Columbus Circle, estábamos hablando en la acera...

—Sí, hasta aquí todo bien.

—Y también lo que sigue. El hombre del coche llevaba un pañuelo atado a...

—¿Cómo sabe que era un pañuelo?

—¡Cielos, ya estamos otra vez...!

Una tela blanca que parecía ser un pañuelo y que le ocultaba el rostro. No sé a quién perseguía, pero lo que sí puedo afirmar es que únicamente disparó sobre ella. No pude distinguir la placa del coche, pero supongo que a estas alturas no le interesa esto, desde el momento que ha podido comprobarse que el coche fue robado una hora antes del suceso, y abandonado luego a seis

manzanas de distancia junto a la estación del Metro de la Calle 86. Me gustaría saber si algunos de mis disparos dio en el blanco.

—¿Dónde está Perrit?

—¿Quiere decir en este momento?

—Sí. Ahora.

—¿Cómo puedo saberlo?

—¿No estará en la casa de Wolfe cuando tan atrancados están?

—¡Cielos, no! La sola idea me hace rechinar los dientes.

—¿Le han rechinado los dientes anoche, cuando Perrit y Wolfe planeaban sus cosas?

—Mire, Rowcliff —dije fatigado—. Pronto amanecerá. Le he contado una y

otra vez todo lo que sé. Y estoy rendido. También le he repetido hasta la saciedad que el único que puede informarle de lo que pretendían Perrit y su hija Violet, es Nero Wolfe. Yo lo ignoro todo. Si me detienen, *mister* Wolfe lo tomará por los pelos y se negará a colaborar con ustedes. Lo que le interesa ahora a la policía es resolver un caso de asesinato, no convertir el asunto en una guerra de guerrillas. Dicho lo cual, pienso dormir; lo mismo me da que sea en esta silla, en un catre o en mi propia cama.

—Márchese —dijo bruscamente Rowcliff—. Márchese cuanto antes.

Pulsó un botón, dio la orden de soltarme y un minuto más tarde estaba en

la acera respirando a pleno pulmón. Lo que había motivado ese cambio de actitud en Rowcliff —lo sabía perfectamente—, no obedecía a mis declaraciones ni protestas, sino a la certeza de que su superior, el inspector Cramer, querría ver a Wolfe para obtener información de primera mano.

Entretanto, mientras me dirigía a la estación del «metro» más próxima iba pensando en Dazy Perrit. Había estado a punto de contarle todo el asunto a Rowcliff, pero preferí consultar antes con Wolfe. También me entretuve, de camino a casa, en hacerme algunas preguntas completamente inútiles. Una de ellas se refería a aquel rostro de

momia llamado Archie. ¿Habría sido él quien hizo el trabajo?

No tenía la menor duda de que era Perrit el que había asestado el golpe; quiso eliminar a Violet a la primera oportunidad y se valió de sus secuaces para seguir a la muchacha, sabiendo que había venido a casa. Pero, ¿por qué mezclarnos en eso a Wolfe y a mí? ¿Qué objeto tenía su visita si ahora se haría pública la falsa identidad de Violet? ¿No era ese el secreto que a toda costa quería ocultar?

La razón de esas preguntas era la siguiente: solamente he usado mi revólver en casos muy apurados y en legítima defensa, pero había decidido

que las circunstancias me obligaban a matar a Dazy Perrit. No por el recuerdo de Violet agonizando en mis brazos después de recibir una descarga de plomo en el cuerpo, sino por la certidumbre de que si no lo hacía pronto, Wolfe y yo seríamos eliminados por el mismo método.

Los riesgos de nuestra profesión me eran bien conocidos y los aceptaba como gajes del oficio, pero contender con gentes desalmadas como Perrit y Meeker era más que un simple riesgo profesional: era como firmar nuestra sentencia de muerte dejando en blanco el día y la hora, a capricho de esos matarifes.

De modo que al tomar el enlace del «metro» para Grand Central, estaba resuelto a matar a Dazy Perrit a la primera ocasión que se me presentara. Cuatro minutos más tarde, al enlazar para Times Square, me dije que el asesinato de Perrit era la mayor necesidad que pedía cometer. Pasados otros cuatro minutos, al apearme del «metro» y echar a andar por la Calle 34, me convencí de que cualquier cosa que hiciera sería lo peor. Y que al único hombre que tenía que matar era a Nero Wolfe en persona, por abrir la ventana y obligarme a meter en casa a Dazy Perrit sólo a causa de su desmedida glotonería. Cogiendo por la Avenida 9 y hacia la Calle 35, Oeste, me

sumí en la anticipada delicia del lecho que me aguardaba después de tantas horas de prueba.

Al aproximarme a la puerta de casa decidí categóricamente no subir al dormitorio de Wolfe para enterarle de mis aventuras nocturnas. Esto podía esperar hasta mañana. La idea me produjo un inmenso alivio y me sonreí a solas, pero de pronto la sonrisa se borró de mis labios. Dos hombres, con no muy sanas intenciones,-se habían despegado de la pared y vinieron a colocarse a mi lado. Tan cerca que los reconocí al instante.

El de la derecha era la momia llamada Archie. El de la izquierda, Dazy

Perrit. La momia me apuntaba con un revólver, y Perrit tenía las manos en los bolsillos del abrigo donde habría, a buen seguro, una pistola cargada. La policía no me había quitado las armas porque pude enseñarles la licencia, pero el revólver que tenía en el bolsillo estaba descargado, y el que llevaba en la funda bajo el brazo no me servía de nada porque tenía el abrigo abrochado.

—Quiero hacerle unas preguntas sobre los sucesos de esta noche —dijo Perrit—. Mi coche está en esa bocacalle. Andando.

—Podemos hablar aquí —contesté—. He hablado desde aquí a una infinidad de gente. —No era mala

ocasión para disparar sobre él como me había propuesto, alegando, de paso, autodefensa, pero lo aplacé para otra ocasión—. ¿Qué es lo que quiere saber?

—Eche a andar y lo sabrá —repitió.

La situación era bastante comprometida. Si rehusaba seguirles no serían capaces de acribillarme a balazos ante la puerta de mi casa, pensé; hubiera sido una temeridad. Y si querían hacerlo no se hubieran molestado en hablarme. Tampoco se atreverían a matarme si me veían abrir la puerta con el llavín por las mismas razones, pero la puerta estaba atrancada (aunque esto sólo lo sabía yo), y para entrar tenía que despertar primero a Fritz. ¿Entonces

qué? En el ínterin podían soltarme algunos tiros a modo de ensayo y dejarme el pellejo como una criba.

Decidí quedarme donde estaba.

—Prefiero hablarles aquí —dije.

Y me interrumpí de pronto al oír que se aproximaba un coche. Volví la cabeza porque el ruido de un coche me atacaba los nervios después de mi reciente experiencia frente a la casa de Violet. Por otra parte, podía ser un coche patrulla si el teniente Rowcliff había decidido no esperar hasta las once de la mañana para hablar con Wolfe. Pero sólo se trataba de un taxi. Era frecuente verlos por nuestro barrio a esa hora de la noche camino de su nido, el garaje

que estaba a la vuelta de la esquina.

Me volví hacia los dos hombres y dije:

—Me quedo aquí. Y guárdense las pistolas porque la mía está descargada y no podría usarla aunque quisiera. La vacié cuando...

No recuerdo exactamente si me tiré al suelo o caí, pero sé que al verme tendido en la acera lo primero que se me ocurrió fue deslizarme rodando hacia la esquina, buscando donde ocultarme. Esta vez no tuve tiempo de ver si el hombre llevaba el rostro oculto por un pañuelo. El único instinto que me dominaba era el de ponerme a salvo. No pensé tampoco en usar el revólver; si el

individuo del taxi perseguía a Perrit y a la momia, éste no era asunto mío. No tenía noción de lo que estarían haciendo los dos, pero un examen posterior demostró que se habían defendido a tiros.

El tiroteo ceso bruscamente y oí que el taxi se alejaba. Asomé la cabeza por la esquina. Los dos cuerpos estaban tendidos a poca distancia; Archie estaba inmóvil, acurrucado contra la pared, sin vida. Perrit, con el revólver todavía en la mano, se estremeció ligeramente al arrodillarme para examinar sus heridas. Comprobé que los dos estaban muertos y corrí a la puerta para llamar a Fritz, pero no fue necesario. Antes de oprimir

el botón, la puerta se entreabrió dos centímetros, lo que permitía la cadena de seguridad, y una voz alterada preguntó:

—¿Archie?

—¡Soy yo, Fritz, abre!

—¿Necesita ayuda?

—Necesito entrar en seguida. ¡Abre te he dicho!

Quitó la cadena y entré de un empujón.

—¿Ha matado a alguien? —
inquirió.'

El vozarrón de Wolfe se oyó desde el rellano del primer piso.

—¡Archie! ¿Qué demonios ha pasado ahora?

Hablaba como si le debiera explicaciones por haber interrumpido su sueño.

—Dos cadáveres junto a la puerta. ¡Y yo pude ser uno más! —grité resentido.

Y sin más explicaciones entré en el despacho y marqué Rhineland 41445, la Comisaría 19 de la Brigada de Homicidios.

CAPÍTULO IX

De modo que Rowcliff no tuvo que esperar a las once de la mañana para hablar con Wolfe después de todo. Raras veces desaprovechaba Wolfe la ocasión de mostrarse extravagante, voluble y jactancioso ante un auditorio, pero con dos hombres muertos ante su puerta, el persistir en su papel de hombre inaccesible podía traerle más de un disgusto.

A las cinco de la madrugada consintió en recibir a Rowcliff y a un

sargento en su dormitorio. Me perdí la entrevista porque a la misma hora tenía yo también mi propia audiencia en el despacho de la planta baja, una apremiante comisión de la Brigada de Homicidios que preguntaba sin parar.

Supe después que Wolfe les había dicho parte de la verdad. Les contó que Perrit estaba siendo víctima de un chantaje por parte de su propia hija y que le había pedido a Wolfe que ideara un modo de acabar con el asunto. Que Wolfe aceptó el encargo y la hija acudió a su despacho por orden de Perrit. Wolfe la había amenazado con delatarla a la policía de Salt Lake City, donde tenía una cuenta pendiente con la Justicia, si

no se comportaba como era debido. Naturalmente se calló otros varios detalles, como el de la suplantación de personalidad de Violet y el motivo que esgrimía para el chantaje. Silenció también la existencia de Beulah. Pero como de momento ignoraba yo lo que pensaba decir y lo que pensaba callarse, en mis declaraciones me limité estrictamente a relatar los hechos ocurridos en la calle, los únicos, dije, que había presenciado personalmente. De ese modo no comprometía a ninguno de los dos.

Wolfe había consentido en recibir a la policía a condición de que sólo entrarían en casa los policías

encargados de interrogarnos, de modo que todo el tumulto exterior, incluyendo focos, ambulancias, peritos en huellas dactilares, forenses y periodistas tuvieron que limitar sus actividades a una zona relativamente reducida. Para evitar que alguien se colara dentro de casa, Fritz se había apostado a la puerta como un granadero.

Tuve que salir por dos veces a la calle; la primera para una reconstrucción de los hechos, y la segunda para ver si incurría en alguna contradicción. Pero en el fondo los chicos me trataron considerablemente, y pronto comprendí por qué: es que me tenían lástima. Yo no había tenido

tiempo de analizar mi situación, pero más tarde, al hacerlo, me sentí francamente alarmado. Quedaban entre bastidores los secuaces de Perrit.

El interrogatorio continuó hasta que el sol penetró por las ventanas de la oficina. Tan pronto como se marcharon todos, incluyendo a Rowcliff y al sargento, Fritz entró en la cocina para preparar el desayuno. Subí al piso de arriba, llamé a la puerta de Wolfe y me dijo que entrara. Vestía uno de sus estridentes pijamas amarillos y salía del baño.

—Bien —empecé—, supongo que...

Sonó el timbre del teléfono. Descolgué el ridículo artefacto pintado

de amarillo limón y dije con una mueca:

—El despacho de *mister* Wolfe.

—¿Archie? Soy Saúl. Necesito hablar con el jefe.

—Saúl Panzer —dije alargando el auricular a Wolfe.

—Bien —dijo tomándolo—. Archie, ¿por qué no hace lo que yo? Tomarse un baño antes del desayuno. Lo necesita.

—También lo necesitaría usted si se hubiera pasado la noche rodando por las aceras. ¿Quiere decir con eso que el recado de Saúl es confidencial?

—Algo así. Le llamé ayer tarde mientras usted acompañaba a casa a *miss* Page.

Salí. Generalmente me disgustaba

que Wolfe anduviera con tapujos y se abstuviera de consultarme los trabajos que confiaba a sus subordinados, pero con Saúl era distinto. Era uno de nuestros mejores muchachos y un compañero excelente. Me hubiera sido imposible mostrarme resentido con Saúl Panzer. Ya en mi habitación me miré al espejo y comprobé que necesitaba más que un baño para mejorar mi aspecto. Decidí aplazar, pues, mi afeitado para después del desayuno y subí de nuevo al cuarto de Wolfe. Había terminado su conferencia y se estaba vistiendo.

—¿Algo nuevo? —pregunté.

—Nada.

—¡Cielos! —exclamé indignado.

—Nada, Archie. Por lo menos de momento. Le dije al teniente Rowcliff que había aceptado el encargo de pararle los pies a la hija de Perrit en el asunto del chantaje, y que la amenacé con delatarla a la policía. Eso es todo. Rowcliff contestó que me había metido en un mal asunto porque él a su vez podía acusarme de intento de chantaje con Violet. Y hablando de otra cosa — dijo Wolfe irguiéndose después del laborioso proceso de calzarse los zapatos—, supongo que será inútil telefonar al número ese de Lincoln seis-tres-dos-tres-dos, ahora que Perrit ha muerto.

—Me lavo las manos de todo eso —

dije resentido, y bajé al comedor para desayunarme.

Mientras lo hacía tuve que contestar a cuatro llamadas del teléfono. Lo tomé con calma porque supuse que tendría que pasarme el resto del día pegado al teléfono. Sólo una de las cuatro llamadas, la última, era un recado personal para Wolfe. Por entonces ya había terminado de desayunarse en su habitación y estaba en su azotea jardín entre flores. Le llamé a través del teléfono interior.

—Un hombre ha llamado —dije—. Un tal L. A. Schwartz, abogado de Dazy Perrit. Quería venir instantáneamente. Le dije que a las once. Tengo su número. Si

no quiere verlo, puedo decírselo.

—A las once —dijo Wolfe—. ¿Ha llamado a ese número de Lincoln? *Mistar* Perrit nos dijo que Tom estaría allí de las siete a las diez.

—No —dije, y colgué.

Durante los siete cuartos de hora siguientes mi principal ocupación, apañe la de mantenerme despierto, fue atender al teléfono. Enjambres de periodistas parecían haberse dado cita en algún quiosco para telefonar uno tras otro. Luego, por variar, llamó un tipo con una voz bronca, tan bronca que hubiera preferido que se aclarase la voz antes de hablar. Dijo ser amigo de Dazy Perrit y quería hacernos un par de preguntas.

¿Podría coincidir con él en el Club 711 a cualquier hora de la tarde? Contesté que estaba excesivamente ocupado en la oficina de momento, que me diera sus señas y teléfono y que, si más tarde disponía de tiempo, haría lo posible por verle.

Pensó un rato, y después de pensarlo dijo que llamaría más tarde. Para terminar dijo:

—Es una lástima que no estuviera ocupado en su oficina anoche. —Y colgó.

Otra llamada fue la de Saúl Panzer, antes de las once. Pasé la comunicación a la azotea jardín y Wolfe me dijo que colgara mi línea porque era un asunto

confidencial. Colgué de golpe y en aquel instante sonó el timbre de la puerta. Contra lo que esperaba no se trataba de un policía ni de un habitual de los bajos fondos, sino una visita de las que generalmente suelen ocupar el sillón rojo frente a Wolfe. Acompañé a L. A. Schwartz al despacho y esperé a que se sentara.

Nunca hubiera imaginado que un Dazy Perrit tuviera tratos o confiara sus asuntos a un tipo de esa catadura. Para empezar llevaba unas antiparras del modelo más anticuado que recuerdo. Frisaba en los sesenta años y era extremadamente delgado, anodino y silencioso. Pensé mantenerme despierto

cinco minutos más para iniciar una conversación con él, pero no logré arrancarle más que diez palabras. Permanecía correctamente sentado con la cartera sobre las rodillas y tirándose del lóbulo de la oreja cada treinta segundos. Había decidido abandonarlo a sus propios recursos cuando oí abrirse la puerta del ascensor de Wolfe.

Hice las presentaciones, se situó Wolfe en su monumental sillón y me quedé observando al visitante con los ojos cargados de sueño.

—¿Bien, señor?

—Debo excusarme por la urgencia de esta visita, pero estoy seguro de que sabrá hacerse cargo de los motivos que

me han obligado a molestarle. Hablé ayer tarde con *mister* Perrit, el cual me notificó que no le había dado usted todavía el consentimiento, en vista de lo cual...

—¿Mi consentimiento para qué?

—Para ser nombrado ejecutor testamentario de sus bienes y tutor de su hija. ¿Es que después de hablar conmigo consintió usted finalmente?

—De ningún modo —protestó Wolfe—. ¡Absurdo! ¡Completamente absurdo!

—Es lo que me temía —dijo Schwartz alicaído—. Eso complicará el asunto, naturalmente. Y en parte por mi culpa, por verme obligado a redactar el testamento con tanta prisa. Existe un

legado de cincuenta mil dólares para el ejecutor testamentario y, francamente, me encuentro ante un dilema. ¿A quién hay que entregar ese dinero si usted rehúsa, y nos vemos obligados a recurrir a un Tribunal para que nombre otro ejecutor no nombrado en el testamento?

Wolfe abrió un poco más sus ojos entornados y dijo:

—Será mejor que me detalle el caso.

CAPITULO X

Schwartz abrió la cartera y volvió a cerrarla dejándola descansar sobre las rodillas.

—Con anterioridad al asunto de hoy —empezó—, he atendido algunos asuntos de *mister* Perrit en el campo puramente legal. Conozco las leyes, pero debido a mi temperamento retraído no puede decirse que haya prosperado gran cosa en mi carrera. Ayer vino *mister* Perrit a mi casa... una modesta vivienda en la calle Perry, y me pidió

que redactara algunos documentos en aquel mismo instante y en su presencia. Afortunadamente tengo una máquina de escribir en casa y pude cumplimentar su encargo. No obstante, el proceso fue lento y laborioso, puesto que se trataba de instituir heredera universal de todos sus bienes a una hija que no quería nombrar, ni facilitar la menor prueba para identificarla más tarde.

El abogado parpadeó nerviosamente y prosiguió:

—No obstante, he de aclarar que no habrá problemas de administración. La fortuna que *mister* Perrit lega a su hija consiste exclusivamente en acciones y cuentas bancarias y sobrepasa el millón

de dólares. Cierta capital invertido en diversas empresas lo heredan sus asociados, y esta donación consta en un documento aparte. Las funciones de usted se limitarán estrictamente a salvaguardar el legado de su hija, ser su consejero legal y tutor. Existen en ese documento dos cláusulas: cincuenta mil dólares para usted como ejecutor y demás, y la misma suma para mí. Los testigos firmantes son el dueño de una charcutería, y una mujer, dueña de una librería circulante, siendo los dos conocidos míos. Tengo el original en mi poder. *Mister* Perrit se quedó con una copia.

—Permítame verlo —dijo Wolfe

tendiendo la mano.

—Un momento, por favor —dijo Schwartz—. Debo aclarar que esa respetable suma que me ha legado *mister* Perrit no es en concepto de honorarios por haber redactado esos documentos. Era para que efectuara un encargo no mencionado en ninguno de esos documentos y que me hizo verbalmente. Redacté al efecto otro documento del que no existe copia alguna. Ha sido guardado en un sobre junto con otros papeles escritos de puño y letra de *mister* Perrit, cuyo contenido ignoro, y cerrado con lacre. Se me confió a mí la responsabilidad de entregarle a usted personalmente ese

sobre lo antes posible en caso de que *mister* Perrit falleciera, junio con la información verbal que acabo de darle con respecto al testamento y demás circunstancias del caso. Resumiéndolo en pocas palabras, diré que de los cincuenta mil dólares que *mister* Perrit me ha legado, cien corresponden a mis honorarios por la redacción de esos documentos, otros cien para evacuar la presente gestión, y el resto para asegurarse, de mi parte, la más absoluta reserva respecto a sus últimas voluntades. Quiero confesar que con muchísimo menos me hubiera contentado, pero eso por ahora ya no tiene remedio.

Abrió su cartera, sacó los documentos y los dejó sobre el despacho de Wolfe.

—Este es el testamento, que deberé llevarme luego para su comprobación. —Sacó a continuación un abultado sobre convenientemente lacrado y lo colocó junto a los demás papeles—. Este es el sobre.

Se apoyó meditativamente en el respaldo de su sillón y esperó.

Wolfe tomó los papeles y el sobre. Leyó primero el testamento y me lo entregó luego a mí. Entonces abrió el sobre, le echó un vistazo y me alargó su contenido. El testamento estaba redactado en tales términos, que de

momento me fue difícil dilucidar si Perrit dejaba su fortuna a Nero Wolfe o a su hija, pero no siendo abogado, supuse que no habría ningún fallo en el documento y que el dinero pasaba a ser legalmente suyo. El otro documento que había redactado Schwartz acompañando los papeles que contenía el sobre, era de carácter técnico. Consistía en una larga lista de acciones y obligaciones y balances en distintos Bancos de la capital, siendo su principal propósito el de enterar a Wolfe de su existencia.

Pensé que si Dazy Perrit había permanecido en casa de su abogado mientras componía y redactaba esos documentos y los pasaba a máquina, uno

de los problemas que más preocupaban a la policía (el de averiguar dónde había pasado Perrit las horas que precedieron a su muerte), estaba prácticamente resuelto.

Pero no se había limitado a redactar sus disposiciones. Había escrito también los papeles que guardó en sobre sellado.

Entre ellos estaba una carta que empezaba así, y la transcribo con su peculiar puntuación para no incurrir en falsedades:

*391, Calle Perry,
New York, Ciudad-
Octubre, 7*

1946,

9.42 de la tarde.

Mr. Nero Wolfe, Esq.,

909, Calle 35, Oeste, New York.

Muy señor mío: Si en esto me equivoco reconozco que será el error más grande que he cometido en mi vida pero después de haberle visitado hoy y de haber juzgado sus aptitudes creo que puedo confiar en usted. No creo que esté en peligro de muerte inminente pero como todo es posible quiero proteger a mi hija y que alguien se

encargue de ella y de administrar sus bienes...

Después de una línea tachada seguía la carta. La tengo ahora ante mí, pero consta de siete páginas y no creo necesario copiarla entera. En resumen venía a decir que los cincuenta mil dólares para Wolfe eran en concepto de honorarios para asegurarse de que Beulah percibiera la totalidad de la herencia; para que procediera con la máxima discreción en todo, y que juzgara por sí mismo si era conveniente comunicarle a Beulah el secreto de su pasado. En tal caso, dejaba a su discreción los pormenores del caso. Seguían otros papeles concernientes a la

madre de la muchacha, un certificado de matrimonio fechado en San Louis, 4 de septiembre de 1924, y un certificado de nacimiento del 26 de julio de 1925.

Volví a doblar los papeles y los guardé en el sobre.

—Póngalo en la caja fuerte —dijo Wolfe.

Así lo hice.

Schwartz se tiró del lóbulo de la oreja, carraspeó un poco y dijo:

—Pudiera existir cierta prevención en recibir un dinero que fue acumulado por métodos... por los métodos expeditivos que empleaba *mister* Perrit, pero sería ciertamente una grave responsabilidad privar a esa joven de un

dinero que le pertenece legalmente y...

Wolfe le interrumpió con un gesto perentorio.

—Si un merodeador en petróleos y un bandido en aceros consiguen hacer que se respete su voluntad cuando testan a favor de sus hijos, ¿por qué no puede hacerlo *mister* Perrit?

—¿Entonces... acepta usted el cargo de ejecutor?

—Sí.

En vez de sentirse aliviado, el viejo abogado pareció acometido por un nuevo problema.

—En tal caso —dijo—, debo hacerle una pregunta. Si la hija ha muerto, ¿cómo se dispone usted a

desempeñar el cargo que le ha confiado mi difunto cliente?

—Esto, señor, es cosa mía. No es...

—Wolfe se contuvo de pronto—. No, excúseme. Estaba equivocado. Desde el momento que *mister* Perrit le hizo depositario de su confianza, debió esperar que yo le comunicaría esos datos. Su hija no ha muerto. Lo demás es estrictamente confidencial, y si en el futuro puedo revelárselo, así lo haré.

—Comprendo —dijo Schwartz—.

Espero que me perdone si menciono otro detalle. Y esto es en interés mío, ya que cincuenta mil dólares representan para mí una enorme suma de dinero, y si no los recibo de usted me veré privado de

ellos. He creído entender que su colaborador, ese joven caballero aquí presente, presenció el asesinato de *miss* Perrit, así como también el de *mister* Perrit y su acompañante, y que él, su joven colaborador, escapó sin un rasguño, es decir, completamente ileso en ambos atentados. No sé si se ha dado cuenta de las especulaciones que este hecho puede suscitar en las mentes de... ciertos individuos. Esas sospechas se verán redobladas cuando el testamento de *mister* Perrit sea hecho público como exige la ley. Los asociados de mi difunto cliente no se limitarán solamente a desconfiar; yo diría que inevitablemente se verá usted envuelto en una reacción

de carácter agresivo que...

Sonó el teléfono y tomé el auricular. Era de nuevo el tipo de la voz ronca que me había invitado previamente a un *tête a tête* en el Club 711, y que todavía no se había aclarado la garganta. Esta vez quería hablar con Wolfe, y después de informar al jefe de su primera llamada le pasé la comunicación quedándome a la escucha.

—Nero Wolfe al aparato... ¿Su nombre, por favor...? Lo siento, señor, pero no tengo costumbre de hablar con gente sin nombre; necesito saber cómo se llama... ¿Fabián...? Gracias. Espere un momento, por favor.

Wolfe preguntó a Schwartz:

—¿Tiene referencias de un hombre llamado Fabián?

—Sí —contestó Schwartz con un violento parpadeo.

—También yo —dije.

—Sí, *mister* Fabián, ¿qué desea...? Comprendo, sí, pero nunca acepto invitaciones fuera de casa... No, por supuesto que no, le aseguro que no es por miedo... Sí, acepto su punto de vista, pero muy raras veces salgo de casa... En cambio me permitiría sugerirle otra cosa, ¿por qué no viene usted a mi oficina, digamos a las dos de esta tarde? Bien, perfectamente. ¿Tiene usted la dirección...? De acuerdo, pues.

Colgó el auricular y miró al

abogado. Éste habló en un tono que no le había oído hasta entonces.

—Cuando sonó el teléfono —dijo—, estaba a punto de decirle que los asociados de *mister* Perrit son hombres de acción. Para decirlo sin rodeos, son capaces de matar a usted y a su ayudante a la primera ocasión que se les presente. Iba a recomendarle ciertas precauciones. Francamente, como dije ya, tengo un interés personal en ello. Lo mejor sería...

- *Mister* Fabián quiere hacerme unas preguntas.

—Pero, ¡cielos! —exclamó Schwartz perdiendo el color—. Ese Fabián es el más peligroso de todos... El

solo hecho de admitirlo aquí es...

—Si es realmente peligroso —dijo Wolfe—, y si abriga la clase de sospechas que aludía usted antes, el lugar más seguro para hablar con él es mi propia oficina. Es un asunto que hay que solventar lo antes posible...

El teléfono volvió a sonar. Me acerqué al auricular y dije:

—El despacho de Nero Wolfe. Archie Goodwin al aparato.

Una voz femenina rompió a hablar agitadamente y con una voz que podía oírse desde el vestíbulo.

—¿No dijo que se llamaba Harold Stevens?

—Espere un momento, por favor —

dije brevemente. Me volví hacia Wolfe para explicarle calmosamente—: Es la amiga del estudiante de abogado. Estará hablando una hora. Será mejor que telefonee desde arriba tranquilo.

—Sí. Hay que solucionarlo rápidamente. Puede venir a cualquier hora, decídalo usted mismo.

No quise perder tiempo tomando el ascensor. Subiendo los escalones de tres en tres llegaba antes. Una vez en mi habitación cogí el teléfono y dije amablemente:

—Siento haberla hecho esperar, pero tenemos gente en el despacho y preferí hablarle desde arriba. ¿Qué es lo que sucede, *miss* Page?

—¿Me dijo que se llamaba Stevens!

—Sí, pero, ¿qué importancia tiene eso? Soy el mismo llamándome Stevens que Goodwin.

—Para mí es importante.

—Agradecido. ¿Sólo ha llamado por eso?

—No. Quiero saber qué ocurrió anoche cuando murió ese hombre, y cómo sucedió que estuviera allí...

—Espere, *miss* Page. Trate de concentrarse y empiece por lo primero. ¿Qué es lo que ha visto y oído?

—He visto la prensa, ahora mismo estaba leyendo la *Gazette*. Lleva la fotografía de un hombre llamado Dazy Perrit, a quien conozco... Dice que ha

sido víctima de un atentado, y por ciertas razones lo lamento mucho. La otra fotografía es la suya, y por lo que veo se llama usted Archie Goodwin y trabaja con Nero Wolfe. Y eso no es todo, estaba usted con Dazy Perrit cuando le mataron, y quiero saber...

—Discúlpeme —interrumpí—, pero las explicaciones que me pide no puedo dárselas por teléfono. Me gustaría ir a verla y aclararle esos puntos, pero tengo mucho trabajo entre manos. ¿Por qué no viene usted aquí? El «metro» la dejaría prácticamente a la puerta de casa.

—¡Claro que iré! No tardaré ni...

—Excúseme otra vez. Tenemos la acera de enfrente sujeta a cierta

vigilancia, a causa de las dos muertes de ayer. Haga lo que le diré. Siga por la Avenida Once hasta la calle Treinta y Cuatro, Este, tuerza a la derecha y en la segunda bocacalle verá un callejón estrecho entre dos edificios. Siga por él, y al final estaré yo esperándola. ¿Ha comprendido? Esto comunica con nuestra puerta trasera. Así nadie la molestará.

—Sí, he comprendido. No tardaré más de media hora.

—De acuerdo. Si no estoy allí espéreme.

—Conforme. Pero dígame sólo una cosa. Es referente a la hija de Dazy Perrit...

Le aseguré que hablaríamos de todo dentro de media hora y colgué. Mi reloj marcaba entonces las once y media. Al llegar a la planta baja aminoré la marcha para entrar en el despacho en una actitud indiferente, pero fue trabajo perdido. L. A. Schwartz se había marchado y Wolfe se estaba bebiendo un vaso de cerveza.

—Ha visto mi fotografía y la de Perrit en la *Gazette* -dije—. Estará aquí dentro de media hora. Entrará por la puerta trasera.

—Muy bien, Archie —dijo dejando el vaso sobre la mesa—. Condúzcala directamente arriba, en la salita del lado sur. No debe verla nadie. Podemos invitarla a comer. Y ahora siéntese aquí

y cuénteme todo lo que sucedió anoche.

—Ah, ¿es que le interesa? ¿No me había dejado fuera del asunto?

—¡Empiece!

Después de haberme pasado más de diez años explicándole a Wolfe resúmenes de cualquier suceso sin olvidar detalle, podía considerarme ya como un experto en la materia, pero éste requería especial cuidado debido a las complicaciones del caso. Además el tiempo apremiaba. Con todo, logré salir airoso del cometido, y cuando Wolfe empezó a acribillarme a preguntas pude escabullirme porque el reloj marcaba las doce y veinte minutos, y había prometido a Beulah estar en la puerta

trasera.

No había nadie todavía, pero no tuve que esperar mucho. Pasados dos minutos apareció a la entrada del callejón una figura que se detuvo un instante para observarme. Sólo que no era Beulah. Era su novio. Ella le seguía a pocos pasos, y al llegar a la puerta donde esperaba yo, se adelantó para decirme:

—¿No le importará que haya venido Morton conmigo? No quiso que viniera sola.

—Bueno, ya está aquí —dije brevemente—. ¡Hola!

Tenía ganas de decirle que se marchara a casa a estudiar porque ya teníamos bastantes complicaciones sin

necesidad de su presencia, pero habiéndole recibido Wolfe tan amablemente el día anterior, y siendo prácticamente un miembro de la familia, decidí callarme.

Les conduje a través de la cocina y escaleras arriba hasta el segundo piso, donde estaba el llamado cuarto azul o del sur, y también mis habitaciones al final del pasillo. Era, ese cuarto azul, una habitación que sólo se utilizaba en casos de emergencia. En ella habían dormido, en distintas ocasiones, desde un secretario de Estado hasta una mujer que había envenenado a tres maridos y que tenía al número cuatro en una clínica, casi desahuciado.

Wolfe nos esperaba allí, junto a una ventana. No había en la estancia ninguna silla que pudiera usar Wolfe sin exponerse a un percance, de modo que, muy a pesar suyo, la entrevista tendría que celebrarse de pie.

—¿Cómo está usted, *miss* Page? ¿Y Morton? ¿Decidió acompañar a su novia?

—Sí, vine a acompañarla. Y de paso me gustaría saber exactamente —dijo Morton con firmeza— a qué se debe esa absurda comedia. Goodwin haciéndose pasar por un tal Stevens...

—Oh, no se trata de nada ilegal —protestó volublemente Wolfe—. Ninguna felonía. Les parecerá un poco raro tal

vez, pero en realidad no tiene la menor importancia. Le debemos una explicación a *miss* Page, naturalmente, y la tendrá. Se enterará usted más tarde del asunto si ella tiene a bien explicárselo. De momento, *mister* Goodwin y yo debemos conferenciar con *miss* Page, y lo haremos en mi azotea jardín, donde de paso podrá admirar mis orquídeas. —Hizo un gesto elocuente con la mano—. Encontrará aquí libros y revistas para entretenerse, o si lo prefiere, puede esperarnos en mi despacho.

Las mandíbulas de Morton se cerraron con dureza.

—Insisto en que...

—No lo haga —dijo brevemente Wolfe—. Este asunto sólo concierne a *miss* Page. Nos reuniremos dentro de media hora. Archie, dígale a Fritz que tendremos dos invitados a comer. A la una en punto.

CAPÍTULO XI

Wolfe nunca intenta disimular su vanidad ni tampoco su orgullo, pero jamás ha querido admitir que una de las formas de su vanidad, una de las más acusadas, es la de mostrar a sus visitantes su colección de orquídeas, la más famosa de la ciudad. Se conduce discretamente, cosa rara en él, pero sé que íntimamente se complace en oír los ponderativos elogios de todos los que tienen el privilegio de visitar su colección.

Beulah no esperaba ciertamente ver tales maravillas. Ante el esplendor de las *Cattleya* quedó deslumbrada, pero luego desfilaron ante sus ojos las variedades de la *Dendrobiums* y la *Phalaenopsis* y ya no encontraba palabras con qué expresar su asombro. No hacía más que mirar con la boca abierta.

—Algún día —dijo Wolfe con fingida modestia—, podrá contemplarlas a su sabor; pasarse aquí una hora o dos, pero temo que hoy no tenemos tiempo.

La condujo a una especie de invernadero y le dijo a Theodore, el jardinero, que fuera a revisar los ventiladores. Una vez solos ocupó Wolfe

su sillón y Beulah y yo nos sentamos en dos taburetes.

—Usted ya no es una niña, *miss* Page —empezó Wolfe yendo directo al asunto—. Va a cumplir los diecinueve años, ¿no es eso?

—Sí. En Georgia ya podría votar.

—Exacto. Por eso creo que no necesitamos andarnos con circunloquios. Y pasaremos por alto ciertos detalles también, que podremos discutir más tarde con calma; por ejemplo, el motivo que impulsó a *mister* Goodwin a adoptar el nombre de Harold Stevens para poder entrevistarse con usted ayer. ¿Sabe lo que significa una pregunta hipotética?

—Ciertamente.

—Entonces voy a hacerle una.

Imagínese lo siguiente: que actuando yo como intermediario, su padre ha decidido legarle a usted una fortuna considerable; que no está en condiciones de revelarle a usted su identidad, y probablemente nunca podrá hacerlo; que ha depositado en mi su confianza, y confía en mi discreción para decidir si debe serle revelado a usted su nombre y el de su madre; y que las circunstancias se han desarrollado de tal forma que me resultará casi imposible evitar que usted sospeche de quién se trata. Piense bien todo esto y responda luego a mi pregunta. ¿Quiere usted saber esos

nombres o no?

—No necesito pensarlo. Mi respuesta es que sí, *mister Wolfe*.

—Temo que se deje guiar por un impulso impremeditado.

—No es un impulso. Oh, si supiera que todos esos años yo... —Beulah hizo un gesto implorante—. Quiero que me los diga.

—¿Pensaría igual si su padre fuese... un delincuente, un hombre que ha cumplido condenas en las cárceles del Estado?

—No me importa lo que sea. ¡Quiero que me diga quién es:

—Pues bien. Su padre era *mister Perrit*, y falleció anoche a la puerta de

mi casa —dijo gravemente Wolfe.

—Lo sabía —murmuró Beulah.

—¿Que usted lo sabía?

—Sí. Sí...

Y de pronto toda su entereza se desplomó. Hundió el rostro entre las manos y rompió en sollozos que fueron aumentando gradualmente en intensidad. Wolfe salió discretamente y al poco rato oí cerrarse la puerta del ascensor. No me atrevía a dejar sola a la pobre muchacha y me quedé esperando silenciosamente a que se mitigara un poco su acerbo dolor.

Pasado un rato, decidí que había llegado el momento psicológico de ofrecerle consuelo y ayuda.

—¿Por qué no se marchó con *mister Wolfe*? —preguntó con el rostro surcado de lágrimas—. Nadie me comprende... Estoy mejor sola...

—Yo sí la comprendo, Beulah —dije compasivo—. Tanto, que voy a dejarla ahora mismo. Sólo me quedé para decirle que si antes de reunirse con Morton en el cuarto azul, quiere utilizar mi cuarto de baño, encontrará allí un peine, toallas y creo que un frasco de colonia. Es la habitación que está al final del pasillo. Entre, y a la derecha encontrará el cuarto de baño.

La dejé sola, y al salir avisé a Theodore que no entrara en el invernadero. Me detuve en el segundo

piso el tiempo justo para echar un vistazo a mi habitación y comprobar que todo estaba en orden, luego me asomé al cuarto de baño asegurándome de que había toallas limpias. Cuando salía se abrió la puerta del cuarto azul y Morton apareció en el umbral.

—¿Dónde está *miss* Page? — preguntó ceñudo—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Está admirando las orquídeas de *mister* Wolfe —dije sin detenerme—. Comeremos dentro de diez minutos.

Nero Wolfe estaba sentado en su sillón con aspecto un poco de circunstancias.

Ocupé el sillón de mi despacho y

dije:

—Necesitaba una palabra amiga para sobrellevar la crisis de los primeros momentos, pero con el novio bajo el mismo lecho lo abrevié todo lo posible. Supongo que esto será cosa suya. Morton está...

Sonó el teléfono. Contesté y oí la voz de Cramer, que a decir verdad había estado esperando toda la mañana. Le dije a Wolfe que el inspector quería hablarle y tomó el auricular.

—Nero Wolfe al aparato, *mister* Cramer, ¿cómo está usted?

—Magníficamente, ¿y usted?

—Como estoy siempre antes de comer. Hambriento.

—Bien, le deseo buen apetito. Esta es una llamada amistosa. Quería informarle de que estaba usted acertado como de costumbre al reservarse toda su información del caso que nos ocupa, y no decirle a Rowcliff más que una o dos cosas que no valen un pepino. Me refiero a su valiosa confianza de que la hija de Perrit tenía una cuenta pendiente con la justicia allá en Salt Lake City. Hemos consultado los archivos dactilares de Washington, como debió suponer que haríamos. No creo que sea realmente su hija. El nombre de la muchacha es Angelina Murphy, aunque, naturalmente, tenía otros alias. Le esperaban diez años de cárcel si no

hubiese tenido la suerte de morir. He querido decírselo personalmente para corresponder a su gentileza. Y aprovecho la coyuntura para preguntarle si tiene algo más que decirme.

—No. Creo que no...

—¿Nada en absoluto...? ¿Ni de las gestiones que le encargó Perrit?

—Nada.

—Bien. No esperaba tanto. Buen provecho, Wolfe.

Colgamos los dos auriculares al mismo tiempo.

—Por lo menos he oído eso antes de morirme —dije lanzando un suspiro—. Cramer reconociendo que usted posee cierta información que le sería muy

valiosa para continuar sus pesquisas. Y luego esa coletilla usual: «¡Buen provecho!» Nada de amenazas ni frases duras ni nada. ¡Asombroso! Ni la menor alusión a que pensara trincarnos. ¿Y sabe por qué...? Porque es religioso; tiene creencias. Y está convencido de que lo único que necesitamos ahora es un cura para administrarnos los últimos ritos.

—Eso creo yo también —admitió Wolfe—. Su despedida me sonó a responso. Si fuese un individuo sentimental, me hubiera impresionado. *Mister* Cramer nunca se había preocupado de mi apetito. Debe pensar que esta será mi última comida, como

los reos que están en capilla.

—¿Incluido yo?

—Sí, también usted.

—No me he rendido todavía.

Sonó de nuevo el teléfono. Con la sospecha de que pudiera ser Cramer, esta vez sin pizca de sentimentalismos, cogí el auricular. La voz era tan familiar como la de Cramer, pero no era la suya.

—Saúl Panzer —le dije a Wolfe.

—¿Saúl? —preguntó el jefe a su empleado.

—Sí, señor.

—¿Ha comido ya?

—No, señor.

—¿Cuánto tardará en llegar aquí?

—De ocho a diez minutos.

—Hay algún cambio en el programa, obligado por las circunstancias. Le necesitaré antes de lo que pensaba. Venga a comer con nosotros... *miss* Beulah Page, *mister* Morton Essel, Archie y yo.

—Sí, señor. En diez minutos lo más tarde.

CAPITULO XII

No sé si comió Wolfe con el buen apetito que le había deseado Cramer. Yo, por lo menos, no lo hice.

Me sentía escéptico con respecto a la línea de conducta que pudiera haber adoptado Wolfe, y por lo poco que me había dicho en las últimas horas tenía razones más que suficientes para creer que no había adoptado ninguna. Cramer, pensé, no se tomaba el trabajo de importunarnos sencillamente porque ya tenía toda la información necesaria para

la solución del caso, gracias a los numerosos recursos con que cuenta la policía, y probablemente porque nos consideraba a Wolfe y a mí un contacto demasiado peligroso hasta por un inspector de la Brigada de Homicidios.

Calculé que Wolfe había invitado a Saúl Panzer a comer para tener alguien con quien hablar, y el hombre resultó estar acertado, porque nunca me había aburrido tanto en una mesa de cinco. Morton estaba de lo más estirado; Beulah, que había usado mi cuarto de baño con cierto éxito, no presentaba ya señales de llanto, pero seguía la conversación con un aire ausente. Yo, por mi parte, me sentía influido por la

depresión general y mantenía la boca cerrada como un cepo, y como no es posible comer ni hablar con la boca cerrada, me daba a todos los diablos. La conversación se limitaba, pues, a Wolfe y Saúl. Discutieron del cultivo de las orquídeas, de la huelga del ramo de productos alimenticios, de los eternos libros sobre Roosevelt, y de los programas de televisión.

A las dos menos cinco minutos Wolfe se levantó de la mesa diciendo que sentía no poder prolongar la sobremesa porque esperaba visitas. Aconsejó a Morton y Beulah que cuando quisieran marcharse lo hicieran por la puerta trasera, por donde habían

entrado.

Beulah dijo que se quedaría porque quería hacerle algunas preguntas. Esperaría a que se marcharan los visitantes, en vista de lo cual la invitó Wolfe a subir a la azotea jardín en caso de que prefiriese distraerse viendo sus flores.

—Sí, esperaré arriba —dijo Beulah dirigiéndose a la puerta—. ¿Vienes conmigo, Morton?

Pero el estudiante en Leyes rehusó la invitación, y a través del cristal de sus gafas pude ver en sus ojos una determinación que resultaba un poco fuera de lugar. Sus palabras eran también firmes.

—No estoy conforme con su modo de enfocar ese asunto —dijo—. No sé qué explicación le habrá dado a *miss* Page sobre los sucesos de anoche, ni tampoco sobre lo que ocurrió más tarde a la misma puerta de su casa. Me parece poco correcto, además, el invitarnos a salir por la puerta de servicio, sin mencionar otros detalles. ¿Quiénes son los visitantes que espera?

Contra lo que esperaba, Wolfe contestó a esa impertinencia con tono sumamente amable.

—Uno de ellos es un hombre llamado Fabián. El otro es *mister* L. A. Schwartz, un abogado.

Esto era nuevo para mí. Debíó

telefonar a Schwartz mientras estaba yo arriba.

—¿Tienen algo que ver con... los asuntos de *miss* Page? —preguntó Morton.

—Con *miss* Page, no. Con sus asuntos, sí.

—Entonces prefiero quedarme. Tengo interés en verlos.

Beulah no aprobaba su actitud y se lo dijo así. Pero Wolfe le aseguró amablemente que su nombre no sería mencionado durante la entrevista, y que si Morton deseaba quedarse no había ninguna razón que lo impidiera. Sentado esto, Beulah subió al jardín y Morton pasó al despacho. Mientras cruzaba el

vestíbulo sonó el timbre de la puerta y fui a abrir.

Era Schwartz con la cartera bajo el brazo. Llevaba las mismas antiparras y el mismo traje que por la mañana, pero a pesar de ello era otro hombre. En su primera visita era un ente incoloro, de rostro macilento y ojos apagados, y en cambio ahora se diría que un hálito de vida animaba sus facciones dándoles cierto optimismo. Al acercarme a saludarle comprendí por qué. Había estado gastando anticipadamente algunos de sus 50.000 dólares en un bar bien surtido, porque olía a gin, a ron, rye, vodka y terebinto. Las consideraciones que me sugería el pasmoso cambio

operado en Schwartz fueron interrumpidas por otro timbrazo mientras colgaba su sombrero y abrigo en el armario. El nuevo visitante ofrecía más vasto campo a las especulaciones.

Era *mister* Fabián.

Desde luego, el tipo me era conocido. Le había visto más de una vez en los combates de lucha libre y lugares por el estilo, pero nunca nos habíamos hablado. Ni había tenido nunca el deseo de hacerlo. El detalle más característico de su aspecto físico (la fama pregonaba que el hombre no tenía nariz) resultó no ser cierto. Su nariz no se diferenciaba mucho de las narices corrientes. Lo que sucedía era que su boca, ojos y orejas

atraían de tal modo la atención que la nariz quedaba prácticamente anulada.

Schwartz seguía esperando en una rígida postura junto a la puerta, y teniendo la cartera bien sujeta. Dije amablemente:

—¿Se conocen ustedes, caballeros?

—Usted es Schwartz —dijo con rudeza Fabián.

—Sí, *mister* Fabián —afirmó apresuradamente el abogado. Las copas que se había tomado no le impedían hablar con desenvoltura—. Recuerdo que un día...

—Sí —cortó Fabián. Luego, señalando la puerta preguntó—: ¿Es por aquí?

Antes de que pudiera yo contestar apareció Wolfe en el umbral y saludó con su sonrisa más amable.

—Buenas tardes, *mister* Schwartz, tenga la bondad de pasar al despacho. Estaremos con usted al momento.

Hizo una pausa que Schwartz aprovechó para salir. Wolfe se volvió entonces hacia Fabián y preguntó:

—¿Es *mister* Fabián? ¿Cómo está usted...? Soy Nero Wolfe. —Le tendió la mano que el otro estrechó. Luego, indicándole la puerta, dijo—: ¿Tiene inconveniente en pasar un momento a la sala de espera? Quisiera cambiar con usted unas palabras privadamente.

Pasamos los tres a la sala y cerré la

puerta. También estaba cerrada la puerta de comunicación con la oficina.

Calculando por kilos, Wolfe sobrepasaba en peso y volumen a dos hombres como Fabián, pero éste poseía, sin duda, recursos que Wolfe nunca se había visto en el trance de usar, aunque no pareciese preocuparse de ello lo más mínimo. Se limitó a decir con su calma característica:

—La fama le atribuye a usted, señor, la precaución de llevar un arma encima. Tal vez dos. ¿Ha venido armado hoy?

El rostro de Fabián continuó impasible salvo por un ligero fruncimiento de cejas, como si no estuviera seguro de haber oído bien.

Luego, pensándolo mejor, decidió darse por enterado.

—Sí —dijo—, ¿Alguna objeción?

—Ninguna en absoluto. Creo que me dice la verdad, pero quedaría más tranquilo si me lo demostrara. ¿Dónde está su revólver? ¿Lo tiene a mano?

—Sí.

—¿Le importaría enseñármelo?

—Oiga, ¿a qué viene esa comedia?

—dijo Fabián—. Sabe de sobras que hubiera podido sacarlo y volver a guardarlo veinte veces. He venido para hacerle unas preguntas. A usted y a ese Goodwin...

—De acuerdo —dijo Wolfe con acento cortante—. Entremos en mi

despacho. Están allí *mister* Schwartz, un abogado, *mister* Essel, un estudiante en Leyes, y mi empleado *mister* Panzer, — Avanzó hacia la puerta de comunicación y la abrió—. Por aquí, señor.

Entramos los tres, y una vez dentro procedió Wolfe a las presentaciones, a las que contestaron todos con un saludo que nada tenía de cordial. Fabián abarcó la escena con sus ojos de lince y fue a ocupar una silla junto a la ventana. Schwartz estaba sentado en el sillón rojo y Morton Essel se había acomodado en el diván, a mi lado, quedando frente a Saúl Panzer que ocupaba otra silla a poca distancia de Schwartz.

Wolfe, desde el amplio sillón de su despacho echó una mirada complacida a todos y se detuvo en Fabián.

—Debo excusarme, señor —dijo con calma—, por abusar así de su tiempo. Pero creo que pocos minutos bastarán para...

El maldito timbre de la puerta volvió a sonar. Wolfe me dirigió una mirada al ver que no me movía del diván, pero la aguanté sin pestañear. Sin consultárselo a él, le había pedido a Fritz que atendiera la puerta, porque no estaba dispuesto a trotar de aquí para allá con el despacho lleno de gente. Hubiera podido advertirle también que asegurara la puerta con la cadena, cosa

que nunca hacía si estaba yo en casa a menos de encargárselo especialmente, pero en mi subconsciencia debí pensar que estando ya Fabián dentro de casa, poco importaba quién pudiera entrar luego. El caso es que se oyeron voces y ruidos en el vestíbulo, y de pronto la voz de Fritz que gritaba:

—¡Archie...! ¡Archie!

Me incorporé de un salto, pero el recién llegado debió librarse de Fritz, porque antes de alcanzar yo la puerta entró como un tornado. Al verle se me detuvo la respiración, y simultáneamente retrocedí hasta el despacho de Wolfe para defenderle en caso de alarma. Allí estaban, pues, frente a frente Fabián y

Pulgar Meeker. Fabián había sacado rápidamente su revólver y lo sostenía con férrea decisión. Schwartz había abandonado su sillón y se escondía tras él, arrodillado en el suelo, con el rostro más pálido que nunca.

En cuanto a Meeker y Fabián, era como si en la habitación estuvieran sólo ellos dos. Se observaban como dos gatos rabiosos y Fabián continuaba apuntando directo al corazón de Meeker con el dedo en el gatillo. Sin embargo no disparó, porque Meeker no hizo el menor gesto para sacar el arma.

—Harías mejor en desenfundar tu pistola —dijo Fabián. Pero como sólo esperaba esta oportunidad para hacer

fuego, el otro no quiso prestarse a la maniobra.

—No aquí, ni ahora —dijo.

—¿Quién te mandó venir?

—Nadie. Vengo a mis asuntos.

—¡Saca tu maldita pistola, cerdo!

—¡Basta ya! —tronó Wolfe, y al ver que los dos seguían mirándose a punto de atacar, gritó más fuerte—: ¡Basta he dicho! Esto es absurdo. Además de ustedes hay aquí cinco personas— Si le mata usted, *mister* Fabián, ¿qué es lo que se propone hacer luego? ¿Matar a todos los demás? ¡Absurdo! Y lo mismo digo al otro caballero. ¿Quién diablos es usted? ¿Qué pretende al irrumpir en mi casa y armar ese tumulto?

Esto me tranquilizó. Pensé para mis adentros: bueno, lo mismo puedo morir hoy que mañana, pero por lo menos moriré habiendo presenciado ese espectáculo, el de Wolfe bramando como un toro contra dos facinerosos. Contra Pulgar Meeker por haber entrado sin permiso, y a Fabián por sacar el arma contra un pobre rufián indefenso. Aproveché un claro para hacer las presentaciones.

—Este es *mister* Meeker, *mister* Wolfe. *Mister* Meeker, le presento a mi jefe, *mister* Wolfe.

Sin hacerme maldito el caso, Meeker arreció contra Fabián.

—Ya lo has oído —dijo furioso—.

¡No aquí ni ahora! Sólo he venido a tratar de un asunto.

Fabián no contestó, pero lentamente relajó el brazo que empuñaba el revólver y volvió a guardárselo.

—¿Vino aquí para un asunto? — preguntó Wolfe—. ¿Qué asunto?

Meeker dejó de mirar a Fabián y se concentró en Wolfe.

—¿Quiénes son esos tipos?

—Han venido también por un asunto.

¿Cuál es el suyo?

—Pues verá... —dijo sonriéndose con sorna. La sonrisa de Meeker tiene fama y ha puesto los pelos de punta a más de cuatro. Al verle pensé que era una reputación muy justificada—. No

tengo un empeño especial en publicarlo a los cuatro vientos —dijo—. Menos, estando aquí Fabián. Y no pienso marcharme. —Miró ferozmente a su antagonista—. Lo soy todo menos un cobarde, Fabián.

Fabián no tenía nada que decir, pero continuó en pie.

—Suéltelo de una vez —rugió Wolfe—. ¿Qué es lo que quiere?

—Bueno, después de todo no es un secreto. Quiero saber si es verdad lo que me ha dicho la policía: que usted les dijo que su compinche tuvo que proteger a Perrit y a su hija porque yo les había amenazado.

—No he dicho nada de eso.

—Parecen tener esa idea.

—No es cierto.

Meeker volvió a sonreír.

—Oh —dijo—, entonces es que me estoy volviendo embustero.

—No sé si es un embustero o no, pero si la policía le ha dicho eso, entonces es la policía la que miente. Debiera tener experiencia más que suficiente para conocer los métodos que emplea la policía, y no dar crédito a semejantes patrañas.

—¿De verdad no se lo ha dicho?

—Ciertamente que no. Me miró con desconfianza.

—Usted es Goodwin, ¿se lo dijo usted?

—No —repuse—. ¿Es que tengo cara de idiota?

- *Mister* Meeker —dijo brevemente Wolfe—. Ya que está aquí le sugiero que se quede. Siéntese. Le interesará oír lo que voy a decir. Cuando llegó usted estaba a punto de contarles a estos señores aquí reunidos, quién fue el que mató a *mister* Perrit y a su hija. Y cómo y por qué lo hizo. Resultará doblemente interesante porque el asesino se encuentra en esta habitación.

Podía oírse una mosca volar. Schwartz, de nuevo sentado en el sillón rojo, parpadeaba frenéticamente. Morton estaba sentado en el diván con las manos en las rodillas. Saúl Panzer no se había

movido ni una pulgada desde que Wolfe y yo habíamos entrado con Fabián.

Fabián, aún de pie, carraspeó fuertemente y declaró:

—Esto sí que no me lo pierdo.

—¡Ni yo! —dijo Meeker.

—Pues bien, siéntense. Prefiero ver las caras a un mismo nivel cuando hablo. Usted también, *mister* Fabián.

Meeker buscó en torno suyo una silla vacante. Parecía estar calculando cuál sería la posición más estratégica para un caso de apuro, y finalmente se decidió por la que tenía más cerca. Fabián se sentó también, pero conservando la mano en el bolsillo y probablemente el dedo en el gatillo de su revólver.

Wolfe se apoyó cómodamente en el respaldo del sillón y dijo:

—Empezaré este corto relato hablando primeramente de la hija de *mister* Perrit. La policía sabe ya que la joven que fue asesinada anoche no era su hija, pero ignora que *mister* Perrit tenía, en realidad, una hija legítima. Yo lo sé, y sé dónde está porque *mister* Perrit me confió su secreto ayer en esta misma habitación. Se encuentra, ahora en...

—No se precipite —dijo Fabián.

—Excúseme —observó Wolfe—, pero ningún poder en la tierra, *mister* Fabián, ni siquiera la clase de primitivo poder con que opera usted, podrán

impedirme decir todo lo que tengo que decir. Podría matarme, pero no creo que se atreva, de modo que absténgase de interrumpirme. La hija de *mister* Perrit se halla en esta casa, y en este momento se encuentra en la azotea jardín admirando mis orquídeas. Ella...

—¡Eso es una mentira! —estalló Morton.

—Ella no lo cree así —dijo Wolfe observándole con atención—. Y no me interrumpa, por favor. *Mister* Perrit me confió, en su testamento, la custodia y administración de los bienes de su hija. Estos intereses son sagrados para mí y me propongo velar por ellos. Resumiendo el asunto le diré que *mister*

Perrit tenía una hija no identificada, cuya existencia guardaba en el mayor secreto para que no fuera molestada por sus enemigos. Hace unos dieciocho meses se enteró de que *mister* Meeker había descubierto la existencia de esa hija y que trataba de localizarla. Para eso fue a Salt Lake y fraguó un pequeño plan con una joven llamada Murphy, perseguida por la justicia. Aceptó ésta venir a Nueva York y vivir con *mister* Perrit en calidad de hija.

—No se precipite —repitió Fabián.

—No sea absurdo, *mister* Fabián. La policía está perfectamente enterada de todos esos pormenores. De regreso aquí, *mister* Perrit alquiló un lujoso piso y

miss Murphy se convirtió en *miss* Violet Perrit. Pero al poco tiempo violó ella el convenio haciéndole a Perrit víctima de un chantaje. Le exigía grandes sumas de dinero con la amenaza de divulgar su secreto si no pagaba. Mister Perrit pagó. Y siguió pagando sumas cada vez más considerables. Finalmente, el domingo pasado por la noche le pidió cincuenta mil dólares, y el hombre, ya agotada su paciencia, vino a verme en busca de ayuda. Nos dio a *mister* Goodwin y a mí un relato bastante detallado del caso, pero no completo. No nos dijo, por ejemplo, que *miss* Murphy había logrado localizar a su hija; pero no hacía falta. De una deducción a otra he podido

adivinarlo yo mismo sin la menor duda.

Wolfe hizo una corta pausa para estudiar los rostros de sus oyentes. Luego prosiguió:

—Hay otra cosa que *mister* Perrit sabía y que no quiso decirme. En Salt Lake City *miss* Murphy había tenido amoríos con un joven que no tardó en trasladarse a Nueva York. No sé exactamente cuándo, pero presumo que más o menos en la época en que *miss* Murphy empezó a exigirle dinero a *mister* Perrit. Naturalmente, ella y su joven amigo reanudaron sus... amoríos. Por mediación de *miss* Murphy se enteró el joven de todo lo concerniente a la auténtica *miss* Perrit, y decidió preparar

una jugada de gran alcance: sin decírselo a *miss* Murphy, hizo por manera de conocer a la joven con miras a un matrimonio ventajoso. Poseía la suficiente educación y cultura para asumir el papel de un estudiante de Leyes, y gracias a su temeridad incurrió en un error que luego hubo de lamentar: en vez de buscarse un nombre supuesto, usó el suyo propio. Pensaría que Salt Lake City estaba a un mundo de distancia de Nueva York y que no se exponía gran cosa, y cuando se dio cuenta de su error ya era demasiado tarde. Tal como se había propuesto, no tardó en ser aceptado como novio formal por la hija de *mister* Perrit bajo

su propio nombre: Morton Essel.

—¡Miente, asqueroso embustero! —
gritó Morton, exasperado.

—Tendrá ocasión de rebatir mis afirmaciones más tarde —dijo Wolfe con calma—. Como decía, no puedo creer que *mister* Perrit ignorara la existencia de Morton Essel, aun cuando no lo mencionara aquí. Presumo que *mister* Essel echó sus cuentas y calculó que a la hora de la verdad sería la hija legítima quien heredaría la fortuna de Perrit; no *miss* Murphy. Creo también que, así como *mister* Perrit estaba perfectamente enterado de los planes de Morton, su amante, en cambio los ignoraba por completo. Finalmente,

estoy convencido de que si *mister* Perrit no nombró a Essel es porque confiaba en manejar este asunto él sólo, y siguiendo sus propios métodos.

—¡Qué sarta de mentiras! i De hipótesis absurdas' —dijo Essel.

—Admito que sean hipótesis, pero no absurdas. Pero estas hipótesis eran realmente necesarias —dijo Wolfe—. Las mencioné con un solo propósito: el de preguntarle, ¿por qué...? ¿por qué asesinó usted a *miss* Murphy y a *mister* Perrit? ¿Con el solo objeto de desembarazarse de ellos para que no pudieran oponerse a su boda? Es posible, pero lo dudo. Lo más probable es que ocurriera algo impensado: que

recibiera usted una amenaza de muerte.

Morton se puso en pie.

—¡Se tragará todo eso, cerdo, maldito farsante! ¡Me marchó!

Fabián se puso en pie.

Meeker se puso en pie.

Morton Essel quedó inmóvil.

—¿Tiene algo más contra él? — preguntó Fabián sin apartar los ojos de Morton.

—Sólo pruebas —dijo Wolfe sin perder de vista al joven—. Anoche cenó con nosotros aquí, en compañía de la hija de *mister* Perrit. Algunos comentarios y frases suyas me hicieron entrar en sospechas y decidí probarlo. Era fácil, puesto que, según había dicho,

estudiaba el último curso de Leyes. Le pregunté si había aprendido a redactar agravios y dijo que sí. Un agravio es un acto, no un documento, como sabe cualquier estudiante en Leyes. No se puede redactar un agravio igual que no se puede redactar un robo. Esto dejaba bien sentada su impostura. Hice que mi *chef* conservara intacto su vaso, y cuando *mister* Essel se marchó me puse en contacto con *mister* Panzer para que efectuara varias gestiones. El resultado de una de ellas fue enterarme que Morton estaba fichado en el F.B.I. por varios delitos. Otra de las gestiones fue más laboriosa.

Mister Panzer esperaba a Morton

por los alrededores de la casa donde vive la hija de Perrit, con la misión de seguirle cuando se hubiese despedido de ella...

Morton no había renunciado a su temeridad. Se llevó la mano al bolsillo y la sacó empuñando un revólver. Debió disparar casi en seguida, porque Fabián erró el blanco. Luego comenzaron a cruzarse una lluvia de balas en la que intervino rápidamente Meeker. Y el espectáculo vino a ser uno de los que no se olvidan fácilmente; no visto hasta entonces y que probablemente no vería nunca más: Fabián y Meeker, los dos enemigos irreconciliables disparando juntos contra un objetivo. Morton cayó

desplomado sobre la alfombra. Fue su último movimiento.

CAPITULO XIII

Seis días más tarde, un lunes, Wolfe bajó de la azotea jardín a las seis de la tarde, ocupó su sillón y pulsó el timbre para que Fritz le sirviera cerveza.

—La prensa de la tarde dice que el fiscal ha decidido no encausar a Meeker y a Fabián —dije levantando la cabeza de la máquina de escribir—, porque un hombre tiene derecho a defenderse cuando le atacan, y todos los testigos han afirmado que Essel disparó el primero.

—Perfectamente razonable —
murmuró Wolfe.

—Sí, pero esto me recuerda algo que quisiera aclarar. No creo que Saúl Panzer siguiera a Morton aquella noche; no vi un alma en la calle Setenta y Ocho cuando *miss* Murphy cayó herida de muerte, ni tampoco vi a Panzer más tarde en nuestra calle, cuando Morton hizo fuego desde el taxi. Creo que esto lo dijo usted porque sabía que era lo único que obligaría a Morton a sacar su revólver.

—Meras conjeturas...

—Y otra cosa. Creo que le pidió a Schwartz que viniera a las dos porque quería tener aquí un testigo imparcial

que pudiera certificar más tarde todo lo que usted se proponía decirle a Fabián. En realidad, su intención era la de contárselo todo a Fabián, todo lo de Morton, pero de tal forma que luego no pudiera acusarle nadie de incitación al crimen. No poseía ninguna prueba concreta contra él, nada que le acusara de sus crímenes. Usted no sabía entonces que el hombre había cometido la insensatez de conservar el arma homicida; que llevaba encima el revólver con que había matado a sus tres víctimas. En cambio sabía positivamente que Fabián acabaría con Morton, lo cual convenía a sus planes porque no quería que su pupila se casara con él. Pensó

que Beulah estaba tan enamorada de Essel que le perdonaría incluso su pasado y acabaría aceptando, puesto que no existían pruebas para acusarle de sus crímenes.

—Bien, ¿cuándo piensa callarse...? Quisiera leer.

—Sí, señor. Lo haré dentro de una hora. Entonces Essel se empeñó en acompañar a Beulah aquí, insistió en quedarse con nosotros en la oficina y usted pudo preparar el gran final. Incidentalmente, no vi disparar a Saúl Panzer, pero una de sus balas resultó ser de las más eficaces. Bien, dejémoslo así, esto ya pertenece al pasado y...

Wolfe suspiró resignadamente.

—Supongo —dijo— que necesita expansionarse, pero ¿por qué ha de hacerlo conmigo?

—Porque me siento optimista con respecto al futuro. Con la huelga terminada felizmente anoche y todo ese embrollo resuelto, ¿qué más? Y escuche eso, *mister Wolfe*, acabo de recordar un detalle importante al que no había puesto atención hasta ahora. Le dije que Violet, unos segundos antes de morir, mientras estaba arrodillado a su lado, dijo: «¡Es él! ¡Es él!» Pero en realidad lo que dijo fue: «¡Essel! ¡Essel!»

Sonó el teléfono y cogí el auricular. Una voz conocida preguntó:

—¿Puedo hablar con *mister Harold*

Stevens?

—No está aquí —contesté—. Se ha marchado a Central Park para una cura de reposo. ¿Puedo hacer algo—por usted?

—Podría, si no estuviera tan ocupado. Cuando fui a su oficina el viernes para firmar todos esos papeles no pudo acompañarme a casa por culpa de su trabajo. Harold Stevens no hubiera hecho eso. Era más galante.

—Es que Harold iba a la caza de una heredera. Yo, en cambio, soy el reverso de la medalla. Las mujeres ricas me llenan de complejos. Y ahora en serio, ¿ocurre algo, Beulah?

—Nada, sólo que no se me ocurre dónde ir a cenar esta noche. Los

restaurantes de mi barrio son tan aburridos que...

—Ni una palabra más. Lo que le pasa es que no quiere cenar en casa. Nos veremos en «Riveiro» a las siete. Calle Cincuenta y Dos, Este, subiendo hacia Lexington a mano derecha. ¿Entendido?

—Sí.

—Llegaré antes que usted y la esperaré en el bar. Recuérdelo, a las siete.

—Sí.

Colgué y le dije a Wolfe:

—Bien. Ahora podrá leer. Voy a cambiarme de ropa, para cenar con su pupila, pero no se haga ilusiones. No pienso casarme con ella. No quiero que

Meeker y Fabián se lán a tiros por mi culpa.

**FIN DE “CINCO
SEGUNDOS
ANTES DE
MORIR”**

*This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
23/03/2011*